

dixit

ZYGMUNT BAUMAN

**Archipiélago
de excepciones**

+ **Comentarios de Giorgio Agamben
y debate final**



dixit

ZYGMUNT BAUMAN

Archipiélago de excepciones

**+ Comentarios de Giorgio Agamben
y debate final**



Índice

Primera edición, 2008

© Katz Editores
Sinclair 2949, 5º B
1425 Buenos Aires
Fernán González, 59 Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

© Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona
Montalegre, 5
08001 Barcelona
www.cccb.org

© Zygmunt Bauman, 2005
© Traducción: Albino Santos Mosquera

ISBN Argentina: 978-987-1283-74-3
ISBN España: 978-84-96859-35-7

Diseño de colección: tholón kunst

Impreso en España por Romanyà Valls S.A.
08786 Capellades
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
cultura Libre

9 Archipiélago de excepciones

107 Comentarios de Giorgio Agamben
y debate final

Archipiélago de excepciones*

Unos años atrás (antes del 11-S, del Tsunami, del Katrina y del alza terrorífica de los precios del petróleo que siguió a todos esos fenómenos), Jacques Attali reflexionó sobre el fenomenal éxito comercial de la película *Titanic*, que batió todos los récords de taquilla anteriores de otros filmes de catástrofes aparentemente similares. Él lo explicaba entonces con unas palabras que, si ya sonaban sorprendentemente creíbles en el momento en que las escribió, transcurridos unos años se antojan poco menos que proféticas:

Titanic somos nosotros, es nuestra triunfalista, autocomplaciente, ciega e hipócrita

* Esta conferencia tuvo lugar en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona (cccbb) el 11 de noviembre de 2005, dentro del ciclo "Archipiélago de excepciones. Soberanías de la extraterritorialidad".

sociedad, despiadada con sus pobres; una sociedad en la que todo está ya predicho salvo el medio mismo de predicción. [...] Todos suponemos que, oculto en algún recoveco del difuso futuro, nos aguarda un iceberg contra el que colisionaremos y que hará que nos hundamos al son de un espectacular acompañamiento musical.¹

Ha sido mayormente en Europa y en sus antiguos dominios (sus retoños, ramificaciones y sedimentaciones de allende los mares), así como en unos pocos “países desarrollados” (también relacionados con Europa, aunque más por *Wahlverwandschaft* que por *Verwandschaft*), donde más espectaculares avances han realizado en los últimos años la adicción al miedo y la obsesión por la seguridad.

Es algo que, por sí solo, parece un misterio. Después de todo, como bien indica Robert Castel en su incisivo análisis de las ansiedades que esa inseguridad alimenta actualmente, “nosotros –en los países desarrollados, al menos– vivimos sin duda en unas de las

¹ Véase Jacques Attali, “Le Titanic, le mondial et nous”, en *Le Monde*, 3 de julio de 1998.

sociedades más seguras (*sûres*) que jamás han existido”.² Y, aun así, contra toda “evidencia objetiva”, también somos “nosotros” –las personas más mimadas y consentidas de todos los tiempos– los que nos sentimos más amenazados, inseguros y asustados, los más inclinados a ser presa del pánico y los más apasionados por todo lo relacionado con la protección y la seguridad, entre todos los miembros de cualquier sociedad de la que se haya tenido noticia. Ése es el enigma que necesita solución para comprender los giros y las sinuosidades de la sensibilidad popular al peligro, así como los blancos cambiantes en los que dicha sensibilidad tiende a centrarse.

Con la ventaja que nos dan los años, hoy podríamos contemplar la década de 1970 no sólo como el momento de una transformación más, sino (parafraseando el famoso concepto de Karl Polanyi) como el de la “Gran Transformación, segunda parte”, un auténtico hito de la historia contemporánea. Ese decenio separó los “treinta años gloriosos” de la recons-

² Robert Castel, *L'insécurité sociale. Qu'est-ce qu'être protégé?*, París, Seuil, 2003, p. 5 [trad. esp.: *La inseguridad social: ¿qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial, 2004].

trucción del período de posguerra, el pacto social y el “optimismo desarrollista” que acompañaron el desmantelamiento del sistema colonial y la emergencia de una pléyade de “nuevas naciones”, del novísimo mundo actual de fronteras difuminadas o debilitadas, de avalancha de información, de globalización desenfadada, de festín consumista en el Norte rico y del “sentimiento cada vez más profundo de desesperación y exclusión en gran parte del resto del mundo” que surge de la contemplación de todo un “espectáculo de riqueza en un extremo y de miseria en el otro”.³

Todavía no hemos alcanzado a comprender en toda su profundidad esta última gran transformación. Y no es que no lo hayamos intentado: dada la brevedad de la distancia temporal que nos separa de ella, todos los hallazgos y conclusiones deben considerarse parciales, y todas las síntesis, provisionales. Con el paso del tiempo, van haciéndose visibles sucesivas capas de realidades emergentes: cada una de ellas obliga a una revisión aun más radical de las creencias establecidas y a una ampliación

3 Stewart Hall, “Out of a clear blue sky”, en *Soundings*, invierno de 2001-2002, pp. 9-15.

adicional de una nueva y laboriosamente tejida red conceptual. Aún no hemos llegado “al fondo de las cosas”; pero aunque lo alcanzáramos, no seríamos capaces de determinar con certeza que ya lo hemos hecho.

Pese a todo, uno de los aspectos más fatídicos de la mencionada transformación se nos reveló relativamente pronto y ha sido exhaustivamente documentado desde entonces: el paso de un modelo de “Estado social” y comunidad inclusiva a un Estado excluyente “de justicia criminal”, “penal” o “de control del crimen”. David Garland, por ejemplo, señala que

el énfasis ha virado acusadamente del bienestar social a la modalidad penal. [...]

El modelo penal, además de adquirir prominencia, se ha vuelto más punitivo, más expresivo, más preocupado por la seguridad.

[...] El modelo del bienestar social, además de haber quedado más acallado, se ha vuelto más condicional, más centrado en las infracciones, más preocupado por los riesgos. [...] Actualmente, los infractores [...] ya no tienden a ser representados en el discurso oficial como ciudadanos afectados por una privación de origen social y necesitados de apoyo,

sino como individuos culpables, indignos y, en cierto modo, peligrosos.⁴

Loïc Wacquant constata una “redefinición de la misión del Estado”: el Estado “se retrae del ámbito económico, asevera la necesidad de reducir su función social para ampliar y reforzar su intervención penal”.⁵

Ulf Hedetoft hace hincapié en otro aspecto (o, tal vez, en el mismo, pero desde un ángulo diferente) de esta transformación de veinte a treinta años de antigüedad. Hedetoft observa que “se están trazando nuevas fronteras entre Nosotros y Ellos y de manera más rígida” que nunca. Basado en Andreas y Snyder,⁶ Hedetoft sugiere que, además de hacerse más selectivas, de abotargarse, de asumir formas más diversas y de ser más difusas, las fronteras se han convertido en lo que podríamos denominar unas “membranas asimétricas” que permiten la salida,

4 David Garland, *The culture of control: Crime and social order in contemporary society*, Chicago/Oxford, The University of Chicago Press/Oxford University Press, 2001, p. 175 [trad. esp.: *La cultura del control*, Barcelona, Gedisa, 2006].

5 Loïc Wacquant, “Comment la ‘tolérance zéro’ vint à l’Europe”, en *Manière de Voir*, marzo-abril de 2001, pp. 38-46.

6 Véase Peter Andreas y Timothy Snyder, *The wall around the West*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2000.

pero sirven al mismo tiempo de “protección frente a la entrada no deseada de unidades procedentes del otro lado”:

Con el aumento de las medidas de control en las fronteras exteriores, pero también (y no menos importante) con el endurecimiento del régimen de expedición de visados en los países de emigración, en “el Sur”, [...] [las fronteras] se han diversificado, como también lo han hecho los controles fronterizos, que ahora se llevan a cabo no sólo en los lugares convencionales, [...] sino también en aeropuertos, en embajadas y consulados, en centros de asilo y en el espacio virtual, en la forma de un incremento de colaboración entre la policía y las autoridades de inmigración de diversos países.⁷

Como si con ello quisiera dar fe inmediata de lo acertado de la tesis de Hedetoft, el primer ministro británico Tony Blair recibió a Ruud Lubbers, alto comisionado de las Naciones Unidas para los refugiados, y le sugirió la instalación de “refu-

7 Ulf Hedetoft, *The global turn: National encounters with the world*, Aalborg, Aalborg University Press, 2003, pp. 151-152.

gios seguros” para los solicitantes potenciales de asilo que estuvieran situados *cerca de sus hogares de origen*, o, lo que es lo mismo, a una distancia prudencial de Gran Bretaña y de otros países ricos que, hasta fecha reciente, han constituido sus destinos naturales. En un ejemplo típico de la Neolengua de la Gran Transformación actual, el entonces ministro británico del Interior, David Blunkett, describió el tema de la conversación entre Blair y Lubbers como “los nuevos retos que para los países desarrollados plantean aquellos y aquellas que utilizaban el sistema de asilo político como una ruta de entrada en Occidente” (según esa misma Neolengua, cualquiera habría podido quejarse en su momento, por ejemplo, del reto que para la población costera suponían los marinos naufragados que empleaban el sistema establecido de rescates en alta mar como vía de acceso a tierra firme).

La más reciente serie de frenos impuestos en Gran Bretaña dentro de las políticas de inmigración y de asilo ilustra muy a las claras ese giro. Según lo expresaba el nuevo ministro del Interior, Charles Clarke,

la inmigración por trabajo, la inmigración por estudios, es buena. [...] Lo que está mal

es que ese sistema no esté adecuadamente vigilado y acaben viniendo personas que se convierten en una carga para la sociedad, y eso es lo que pretendemos eliminar. [...] Así, instauraremos un sistema [...] que preste atención a las aptitudes, los talentos y las habilidades de las personas que quieren venir a trabajar en este país, y que garantice que, cuando lleguen aquí, tendrán un empleo y podrán contribuir a la economía del país.

Todos los demás solicitantes –inmigrantes potenciales sin suficientes “puntos fuertes” en cuanto a su educación profesional y a su experiencia en los servicios en los que el país padece un déficit de profesionales autóctonos– verán negados sus derechos sociales y, a su debido tiempo, acabarán siendo deportados (más o menos lo mismo que se haría, si se pudiera, con la población autóctona “superflua”, a la que recientemente se ha rebautizado sintomáticamente como la “infraclase” de los marginados sociales). El primer ministro, según se informó en la prensa, acogió muy positivamente esos planes porque, en su opinión, lograrían abordar la justificable preocupación de la población por los abusos cometidos en el sistema inmigratorio

y en el de concesión de asilo. Garantizarían, según Tony Blair, que “sólo obtengan permisos de trabajo las personas que realmente necesitamos que vengan aquí a trabajar”.

Como siempre sucede en las declaraciones públicas de Tony Blair, sus palabras debieron de ser ensayadas anteriormente con grupos de discusión, cuidadosamente seleccionados y ponderados, con el objeto de elegir aquellas que mejor reacción podían suscitar en el ánimo de los electores. Aunque, aparentemente, tenían como destinatarios exclusivos a los extranjeros que llamaban a las puertas de Gran Bretaña, las declaraciones del premier no tendrían lógica convincente alguna si no sintonizaran con la manera de pensar del “público en general” (es decir, de una mayoría decisiva de los votantes) a propósito de los desvalidos, o, lo que viene a ser lo mismo tras años de recortes en las prestaciones públicas, de los “perceptores de ayudas sociales”, es decir, aquellas personas que no sólo poseen “derechos sociales”, sino que los hacen efectivos. Después de todo, los criterios de esta “exclusión externa”, por utilizar la distinción formulada por Christian Joppke,⁸

8 Véase Christian Joppke, “Exclusion in the liberal state: The case of immigration and citizenship policy”, en *European Journal of Social Theory*, Nº 1, 2005, pp. 43-62.

han sido tramados y probados dentro del propio país: no son más que aplicaciones de los principios que emanan de las prácticas domésticas de “exclusión interna”.

Ahora se supone que los derechos sociales se han de ofrecer de forma selectiva. Deben ser concedidos si, y sólo si, quienes los otorgan deciden que su concesión será acorde a sus propios intereses, pero no por la fuerza de la condición humana de sus destinatarios. Y entre esos dos conjuntos de personas —el de quienes cumplen los requisitos de la segunda prueba (la de la condición humana) y el de quienes cumplen los de la primera (la de los intereses de quienes otorgan los derechos) no hay solapamiento alguno. El derecho soberano a la excepción está siendo revivido en la actualidad... y reafirmado a escala planetaria, a diferencia de otros muchos derechos soberanos (¿la mayoría?) del Estado-nación...

La nueva “plenitud” del planeta —en el sentido de que ahora éste está “lleno” porque los mercados financieros, de mercancías y de trabajo, así como la modernización gestionada por el capital y, por consiguiente, también el modo de vida

moderno, alcanzan todo el orbe-- tiene dos consecuencias directas.

La primera de ellas es el bloqueo de las válvulas de escape que anteriormente permitían que los relativamente escasos enclaves modernizados y en vías de modernización del planeta experimentaran un regular y oportuno proceso de drenaje y limpieza de esa población excedente, superflua, supernumeraria y prescindible (liberándose de quienes eran marginados por el mercado de trabajo y de quienes se convertían en desechos de la economía de libre empresa cuando superaban la capacidad de los dispositivos de reciclaje de ésta) que el modo de vida moderno no ha hecho más que producir en una escala continuamente creciente. En cuanto el modo de vida moderno dejó de ser el privilegio de un número limitado de países selectos, desaparecieron los territorios “vacíos” y las “tierras de nadie” (o, más concretamente, los territorios que, gracias al diferencial de poder global, podían ser vistos y tratados por el sector ya “moderno” del planeta como desocupados o sin amo) que habían servido durante siglos como principal vía de salida para tantos y tantos seres humanos residuales. Aquellas válvulas de escape nunca han estado disponibles para los “seres humanos

superfluos” de los países que sólo en época reciente se han aupado al (o han caído bajo el) gigante de la modernidad, y que éstos producen actualmente a una escala masiva. Y en las sociedades llamadas “premodernas”, ajenas al problema de ese desecho excedente, jamás ha habido necesidad de tales vías de salida. Como consecuencia de ese doble proceso —el del bloqueo de las antiguas vías de escape unido a la inexistencia de nuevos conductos de evacuación exterior de los “seres humanos residuales”—, las sociedades modernas y las sociedades en vías de modernización vuelven la afilada hoja de la espada de las prácticas excluyentes contra sí mismas. Y no podía esperarse otra cosa: toda esa “diferencia” encontrada/producida en el curso de la expansión global del modo de vida moderno —que durante siglos fue tratada como una molestia enojosa pero temporal y pudo ser manejada de manera más o menos eficaz con la ayuda de las llamadas estrategias “antropofágicas” o “antropoémicas” (según la terminología de Claude Lévi-Strauss)— se deja ahora sentir en su propio lugar de origen, un escenario donde las opciones tradicionales ya no resultan realistas y donde las herramientas para llevarlas a la práctica brillan por su ausencia.

Como ya señaló Clifford Geertz en una incisiva crítica a la alternativa de “aplicación de la fuerza para asegurarse la conformidad con los valores de quienes poseen la fuerza” y a “una tolerancia vacua que, al no implicar nada, no cambia nada”, esa opción ya no está disponible (si es que alguna vez lo estuvo) ahora que el poder para hacer efectiva dicha conformidad ha dejado de existir y la “tolerancia” cesó de ser un gesto majestuoso con el que los bien situados y los poderosos podían mitigar su propia vergüenza y la ofensa endosada a quienes se sentían tratados con condescendencia e insultados. En nuestro tiempo, señala Geertz,

las cuestiones morales suscitadas por la diversidad cultural [...] que antes surgían [...] principalmente entre sociedades distintas [...] se plantean ahora cada vez más dentro de cada una de ellas. Las fronteras sociales y culturales coinciden cada vez menos. [...] Los días en que la ciudad norteamericana era el principal modelo de fragmentación cultural y mezcla étnica terminaron hace tiempo; el París de *nos ancêtres les gaulois* se está volviendo tan políglota y tan polícromo como Manhattan, hasta el punto de que

puede acabar teniendo un alcalde norteafricano (o eso temen muchos de los *gaulois*) antes de que Nueva York tenga uno de origen hispano. [...]

Cada uno de los puntos locales del mundo, lejos de asemejarse a un exclusivo *gentlemen's club* inglés, está adquiriendo el aspecto de un bazar kuwaití. [...] *Les milieux* están totalmente *mixtes*. Ya no conforman *Umwelten* como antes.⁹

Si el exceso de población (es decir, la parte que no puede ser reasimilada a las pautas “normales” de la vida y reprocesada para reincorporarse a la categoría de los miembros “útiles” de la sociedad) puede ser automáticamente extraído y trasladado más allá de los límites del recinto dentro del que se busca alcanzar un determinado equilibrio económico y social, las personas que eluden ese traslado y logran quedarse dentro pueden ser momentáneamente superfluas, pero acaban siendo clasificadas como recicla-

⁹ Véase Clifford Geertz, “The use of diversity”, en *Available light: Anthropological reflections on philosophical topics*, Princeton, Princeton University Press, pp. 68-88 [trad. esp.: *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*, Barcelona, Paidós, 2002].

bles. Están “fuera”, pero sólo durante un tiempo: su “quedarse fuera” es una anormalidad que exige (y obtiene) remedio; necesitan a todas luces que se las ayude a “regresar” lo antes posible. Son el “ejército de mano de obra de reserva” y deben ser puestas y mantenidas en forma para que puedan reincorporarse al servicio activo a la más mínima oportunidad.

Todo eso cambia, sin embargo, cuando se bloquean los conductos de drenaje del excedente de seres humanos. Como la población “superflua” se queda dentro y comparte el espacio hombro con hombro con el resto (la población “útil” y “legítima”), las líneas que separan la “normalidad” de la “anormalidad”, y la incapacitación pasajera de la catalogación imperiosa y definitiva como desecho irrecuperable, tienden a no ser ya tan tranquilizadamente inequívocas. En lugar de un problema restringido a una parte separada de la población (como antaño solía ser percibido), la clasificación como “desecho” deviene una perspectiva potencial para todos y todas, uno de los dos polos entre los que oscila la posición social presente y futura de todo el mundo. Las herramientas y las estrategias de intervención habituales, que funcionaban cuando se aplicaban a una

anormalidad que se reconocía como temporal, ya no bastan para tratar con el “problema de los desechos” en esta nueva forma, ni tampoco resultan especialmente adecuadas para la tarea. Las nuevas políticas que pronto se inventarán como respuesta a este nuevo avatar del viejo problema comenzarán, muy probablemente, subsumiendo las políticas diseñadas en su momento para abordar el problema en su antigua forma. Por si acaso, se preferirán las medidas de emergencia dirigidas al “desecho interno” y, tarde o temprano, se les dará prioridad frente a todos los demás modos de intervención en los problemas de la superfluidad *como tal*, tanto la temporal como la que no lo es.

Por imponentes que puedan resultar por sí solos, todos esos contratiempos y reveses de la fortuna tienden a magnificarse y a agudizarse aun más en aquellas partes del planeta que no se habían enfrentado hasta tiempos recientes al fenómeno de la “población excedente”, anteriormente desconocido en ellas, y al del tratamiento de dicho excedente. Por “tiempos recientes” se entiende aquí “tardíamente”: es decir, en un momento en el que el planeta ya está lleno, en el que no quedan “tierras vacías” que puedan servir de depósitos de esa población

residual y en el que todo el peso de la asimetría de las fronteras se vuelve enteramente contra los recién llegados a la familia de los modernos. Los países circundantes no están dispuestos a acoger los excedentes de otras poblaciones nacionales ni quieren que se los obligue, como ya se los obligó en el pasado, a aceptarlos y a darles cabida. A diferencia de los productores de desecho de antaño, que buscaron y encontraron soluciones *globales* a problemas que ellos mismos producían *localmente*, estos “miembros tardíos del club de la modernidad” se ven forzados a hallar una solución *local* a un problema de origen *global*, y con unas posibilidades exiguas —cuando no inexistentes— de éxito.

Ya fueran voluntarias o forzadas, tanto su sumisión a las presiones globales como la apertura de sus propios territorios a la libre circulación de capitales y mercancías volvieron inviables la mayor parte de aquellos negocios familiares y comunales que otrora tuvieron la capacidad y la voluntad de absorber, dar empleo y mantener a todos los nuevos seres humanos que nacían y que veían así asegurada su supervivencia, al menos, en la mayoría de los casos. Sólo ahora, en el siglo *xxi*, los recién llegados a la familia de los modernos han experimentado esa “separa-

ción entre negocios y hogares” —con todas las convulsiones sociales y el sufrimiento humano consiguientes— por la que los pioneros de la modernidad pasaron cientos de años atrás, aunque de un modo un tanto mitigado por la disponibilidad de soluciones globales para sus problemas: la abundancia de “tierras vacías” o “de nadie” que podían ser aprovechadas con facilidad para depositar en ellas a la población excedente que la nueva economía, emancipada de las constricciones familiares y comunales, ya no podía absorber. Ése era un lujo que de ningún modo está ya al alcance de los recién llegados.

Las guerras y las masacres tribales, así como la proliferación de “ejércitos guerrilleros” o de bandas de forajidos y traficantes de drogas disfrazados de luchadores por la libertad, ocupados en diezmarse mutuamente sin dejar de absorber y, a su vez, aniquilar los nuevos “excedentes de población” (formados, mayormente, por jóvenes, incapaces de encontrar empleo en sus países y sin perspectivas de futuro), constituyen una de esas retorcidas “soluciones locales a problemas globales” a las que los llegados tardíamente a la modernidad recurren o se ven obligados a recurrir. Cientos de miles de personas son expulsadas

de sus hogares, asesinadas o forzadas a huir más allá de las fronteras de sus países de origen para salvar la vida. Es posible que la única industria pujante en los territorios de los miembros tardíos del club de la modernidad (ingeniosa y, con frecuencia, engañosamente denominados “países en vías de desarrollo”) sea la *producción en masa de refugiados*.

Los productos cada vez más prolíficos de esa industria son los que el primer ministro británico propuso barrer bajo la alfombra de otros descargándolos “cerca de sus países de origen”, en campamentos permanentemente temporales (ingeniosa y, con frecuencia, engañosamente denominados “refugios seguros”) para que sus problemas locales sigan siendo locales y, de ese modo, cortar de raíz entre los “modernizadores tardíos” toda pretensión de seguir el ejemplo de los pioneros de la modernidad buscando soluciones globales (las únicas realmente eficaces) a problemas de factura local, aun a costa de agravar los ya de por sí inmanejables problemas de los “excedentes de población” de los vecinos más próximos, que, a fin de cuentas, también operan una industria similar.

Conviene señalar asimismo que, aun cuando se niegue a participar de los esfuerzos relacionados

con esa “gestión y reciclaje de residuos”, el Occidente rico contribuye en gran medida a revitalizar la producción de ese desecho: no sólo de manera indirecta (desmantelando uno tras otro todos los mecanismos pensados originalmente para prevenir la generación de tales excedentes superfluos), sino también directamente, promoviendo guerras que se globalizan y desestabilizando a un número cada vez mayor de sociedades. En las vísperas de la invasión de Irak, se pidió a la OTAN que movilizara sus ejércitos para ayudar a Turquía a sellar su frontera iraquí ante la inminente ofensiva sobre ese país. Muchos estadistas de las naciones pertenecientes a la Alianza pusieron objeciones y plantearon numerosas e imaginativas reservas ante la medida, pero ninguno de ellos mencionó públicamente que el peligro del que Turquía supuestamente necesitaba protegerse era la entrada prevista de refugiados iraquíes recién desplazados de sus hogares por el conflicto bélico, y no el ataque del maltrecho y pulverizado ejército de Bagdad.¹⁰

10 Cuando se produjo la primera guerra del Golfo y “Sadam volvió sus helicópteros de artillería contra los kurdos iraquíes, éstos trataron de huir hacia el norte para llegar hasta Turquía atravesando las montañas. Pero los turcos les negaron la entrada y los aporrearón literalmente

Pero por concienzudo que sea, ningún esfuerzo por controlar la marea de la “migración económica” es (ni, probablemente, se puede conseguir que sea) ciento por ciento exitoso. El sufrimiento prolongado lleva a millones de personas a la desesperación y, en una era de territorios fronterizos globales y de crimen globalizado, nadie puede esperar que no florezcan “negocios” que pretendan ganar unos dólares (o miles de millones de ellos) aprovechándose de esa desesperación. De ahí la segunda y formidable consecuencia de la actual gran transformación: millones de emigrantes recorren las mismas rutas que en su día transitaron los componentes de la “población excedente” despedida por los invernaderos originales de la modernidad, sólo que ahora lo hacen en el sentido inverso y sin contar para nada

en los puestos de control fronterizos. Oí a un oficial turco exclamar: ‘Odiarnos a esta gente. Son unos cerdos de mierda’. Así que, durante semanas, los kurdos quedaron atrapados en las montañas soportando temperaturas de diez grados bajo cero y llevando puesta, en muchos casos, la misma ropa que vestían cuando huyeron de sus hogares. Los niños fueron quienes más lo padecieron: disentería, tifus, malnutrición” (véase Maggie O’Kane, “The most pitiful sights I have ever seen”, en *The Guardian*, 14 de febrero de 2003, pp. 6-11).

(al menos, hasta el momento) con la ayuda de los antiguos ejércitos de *conquistadores*,* comerciantes y misioneros. Las plenas dimensiones de esta segunda consecuencia y su repercusión aún están por dilucidarse y comprenderse en todas sus múltiples ramificaciones.

Uno de los efectos más siniestros de la globalización es la desregulación de las guerras. La mayoría de las acciones bélicas actuales –y, entre éstas, las más crueles y sangrientas– son emprendidas por entidades no estatales que tampoco están sometidas a ninguna legislación estatal o cuasi estatal, ni a ninguna convención internacional. Son, a un tiempo, los resultados y las causas auxiliares, pero poderosas, de la continua erosión de la soberanía del Estado y de la pervivencia en el espacio “interestatal” global de unas condiciones propias de los territorios de frontera. Los antagonismos entre tribus estallan abiertamente gracias al debilitamiento de los brazos del Estado; en el caso de los “nuevos estados”, esos brazos jamás crecieron o no tuvieron tiempo de desarrollarse lo suficiente. Una vez abiertas, las hostilidades vuelven inaplicables las leyes legisladas por el Estado (tanto las más afianzadas

* En español en el original. [N. del T.]

como las incipientes) y las anulan prácticamente por completo.

El conjunto de la población se encuentra en un espacio sin ley; la parte de esa población que decide huir del campo de batalla y logra escapar se encuentra en un tipo distinto de alejamiento: la del territorio fronterizo global. Además, en cuanto se hallan fuera de las fronteras de su país nativo, los que han huido se ven privados del respaldo de una autoridad estatal reconocida que pueda acogerlos bajo su protección, que reivindique sus derechos o que interceda por ellos ante los poderes extranjeros. Los refugiados carecen de Estado, sí, pero en un sentido novedoso: su carencia de Estado queda elevada a un nuevo nivel debido a la inexistencia de una autoridad estatal a la que referir su “estatalidad”. Están, como muy bien lo ha expresado Michel Agier en un sagaz estudio sobre los refugiados de la era de la globalización,¹¹ *hors du nomos* (“fuera de la ley”), pero no fuera de esta ley o de aquella, ni de la de este país o la de aquel otro, sino fuera de la ley como tal. Son unos parias y unos “fuera de la ley” de una nueva clase,

producto de la globalización y, al mismo tiempo, epítome máximo y encarnación del espíritu de territorio fronterizo de ésta. Citando de nuevo a Agier, han sido arrojados a una situación de “deriva liminar” que no saben ni pueden saber si es transitoria o permanente. Aunque se mantengan estacionarios durante un tiempo, se hallan embarcados en un viaje que nunca toca a su fin porque su destino (de llegada o de retorno) se muestra permanentemente confuso y la línea que podrían llamar “de meta” se mantiene eternamente inaccesible. Nunca se liberan de una lacerante sensación de fugacidad, ni de la naturaleza no definitiva y provisional de todo asentamiento.

La difícil situación de los refugiados palestinos, muchos de los cuales jamás han conocido la vida fuera de los campamentos que improvisaron y levantaron apresuradamente como pudieron hace ya más de cincuenta años, está bien documentada. A medida que la globalización va cobrándose su peaje, nuevos campos (menos conocidos y desapercibidos, u olvidados para la mayoría del mundo) se multiplican en torno a los escenarios de conflagraciones y prefiguran el modelo que Tony Blair deseaba que la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas

¹¹ Véase Michel Agier, *Aux bords du monde, les réfugiés*, París, Flammarion, 2002, pp. 55-56.

para los Refugiados convirtiera en obligatorio. Por poner un ejemplo, no parece haber indicio alguno de que los tres campos de Dabaab, en los que habita una población tan numerosa como la del resto de la provincia keniana de Garissa en la que fueron ubicados en 1991-1992, vayan a ser clausurados en un futuro inmediato, y, sin embargo, transcurrida más de una década desde su puesta en marcha inicial, continúan sin aparecer en el mapa del país, concebidos, como son, como unos elementos temporales pese a su evidente carácter permanente. Lo mismo sucede con campos como el de Ilfo, puesto en marcha en septiembre de 1991, el de Dagahaley, que data de marzo de 1992, o el de Hagadera, abierto por primera vez en junio de 1992.¹²

Quien se convierte en refugiado lo es ya para siempre. Los caminos de regreso al hogar-paraiso perdido (o, mejor dicho, ya inexistente) han quedado cortados casi por completo y todas las salidas del purgatorio que es el campamento de refugiados no llevan más que al infierno... Los días se suceden vacíos uno tras otro sin perspectivas de futuro dentro del perímetro del campo. Pero por difícil de resistir que eso pueda

¹² Agier, *Aux bords du monde, les réfugiés*, op. cit., p. 86.

parecer, Dios no quiera que los plenipotenciarios designados o los voluntarios de la humanidad, los que tienen encargada la tarea de mantener a esos refugiados en el interior del campo y lejos de la perdición, decidan clausurarlo... De todos modos, muchas veces lo hacen: por ejemplo, siempre que los poderes establecidos deciden que los exiliados han dejado de ser refugiados porque “vuelve a ser seguro regresar” a su patria, que dejó hace tiempo de ser la suya y ya no tiene nada que ofrecer ni nada que ellos deseen o puedan desear.

Hay, por ejemplo, unos 900.000 refugiados –resultado de las masacres intertribales y de la destrucción en los campos de batalla de las guerras “inciviles” que se vienen desarrollando desde hace decenios en Etiopía y Eritrea– repartidos por las regiones septentrionales de Sudán (incluida la tristemente célebre Darfur), en lo que es ya de por sí un país pobre y devastado por los conflictos bélicos y donde se encuentran entremezclados con otros refugiados que recuerdan con horror los campos de exterminio del sur de Sudán.¹³ Por decisión

¹³ Véase Fabienne Rose Émilie le Houerou, “Camps de la soif au Soudan”, en *Le Monde diplomatique*, mayo de 2003, p. 28.

de la agencia de las Naciones Unidas, respaldada por las organizaciones benéficas no gubernamentales, todos ellos han dejado de ser refugiados y, en consecuencia, ya no tienen derecho a recibir ayuda humanitaria. No obstante, se han negado a marcharse; al parecer, no creen ya que exista “un hogar” al que “regresar”, puesto que los hogares que recuerdan fueron destruidos o les han sido robados. La nueva tarea de sus custodios humanitarios ha pasado a ser entonces la de *hacer* que se vayan... En el campo de Kassala, por ejemplo, la interrupción del suministro de agua fue seguida del traslado forzado de los habitantes fuera de los límites exteriores del campamento, que, como en su momento sucedió con sus hogares en Etiopía, ha sido ahora arrasado y apisonado para que a nadie se le ocurriera volver. La misma suerte han corrido los habitantes de los campos de Um Gulsam Laffa y de Newshagarab. Según el testimonio de quienes allí vivían, unos 8.000 internos de las instalaciones fallecieron a raíz del cierre de los hospitales del campamento, de la supresión de los pozos de agua y del abandono del suministro de alimentos. Es difícil verificar la suerte que realmente corrieron, pero podemos estar seguros de que cientos de miles han desaparecido

de los registros y de las estadísticas de refugiados, aunque nunca hayan conseguido escapar de la tierra de nadie de su “no humanidad”.

Cuando entran en los campamentos, sus nuevos inquilinos se ven despojados de todos los elementos de su identidad salvo de uno: el de ser refugiados sin un Estado, sin un lugar, sin una función y “sin papeles”. En el interior de las alambradas de los campos, y tras haberseles negado el acceso tanto a los servicios elementales de los que se extraen las identidades como a los hilos con los que éstas se tejen, pasan a formar parte de una masa amalgamada sin rostro. Ser “un refugiado” significa perder

los medios sobre los que descansa la existencia social, es decir, todo un conjunto de cosas y personas corrientes pero portadoras de significados: país, casa, pueblo, ciudad, padres, posesiones, trabajos y otros puntos de referencia cotidianos. Estas criaturas a la deriva y a la espera no tienen más que su “vida descarnada”, y la continuación de ésta depende de la asistencia humanitaria.¹⁴

14 Agier, *Aux bords du monde, les réfugiés*, op. cit., p. 94.

Respecto a esto último, abundan las aprensiones. ¿No es la figura misma del ayudante humanitario —ya sea voluntario o a sueldo— un importante eslabón en la cadena de la exclusión? Existen dudas acerca de si los organismos de asistencia, en su empeño por alejar a las personas del peligro, no están ayudando inadvertidamente a los promotores de la “limpieza étnica”. Agier se pregunta si el trabajador humanitario no es un “agente de exclusión con un coste menor” y, aun más importante, un dispositivo pensado para descargar y disipar la ansiedad del resto del mundo, para absolver las culpas y calmar los escrúpulos, así como para desactivar toda sensación de urgencia y todo miedo a la contingencia. Colocar a los refugiados en manos de los “trabajadores humanitarios” (y cerrar los ojos para no ver a los guardias armados en el fondo de la imagen) parece ser un modo ideal de reconciliar lo irreconciliable: las ganas apremiantes de deshacerse de ese nocivo residuo humano calmando al mismo tiempo el prurito personal de rectitud moral:

Tal vez se pueda curar la conciencia de culpabilidad ocasionada por el sufrimiento de esa otra parte maldita de la humanidad. Para

conseguirlo, bastará con permitir que siga su curso un proceso que se encuentra ya en plena marcha como es la biosegregación, es decir, la creación y la fijación de unas identidades manchadas (por las guerras, la violencia, el éxodo, las enfermedades, la miseria y la desigualdad). Los portadores de esa clase de estigma serían así mantenidos a distancia en virtud de su menor humanidad, es decir, por su deshumanización tanto física como moral.¹⁵

Los refugiados son el “residuo humano” personificado: sin ninguna función “útil” que desempeñar en el país al que llegan y en el que se quedan temporalmente, y sin intención ni posibilidad realista de ser asimilados e incorporados al nuevo elemento social. Desde su lugar actual —el vertedero— no hay camino hacia delante ni de retorno, a menos que sea un camino que los conduzca a lugares aun más remotos, como en el caso de los refugiados afganos que fueron escoltados por buques de guerra australianos hasta una isla alejada de toda ruta concurrida. Que la distancia sea suficiente como para evitar

¹⁵ Agier, *Aux bords du monde, les réfugiés*, op. cit., p. 117.

que los efluvios envenenados de la descomposición social alcance los lugares habitados por los nativos es el criterio principal por el que se rige la selección del emplazamiento de los campamentos permanentemente temporales de los refugiados. Fuera de esa ubicación, los refugiados son un obstáculo y un problema; dentro de ella, se los olvida sin más. Manteniéndolos allí e impidiendo todo escape (convirtiendo la separación en definitiva e irreversible), “la compasión de unos y el odio de otros” se combinan para producir el mismo efecto: tomar distancia y mantener a distancia.¹⁶

Nada queda salvo los muros, las alambradas, los controles en las puertas, los guardias armados. Todos esos elementos definen de manera combinada la identidad de los refugiados o, mejor dicho, echan por tierra el derecho de éstos a definirse a sí mismos. Todos los desechos, incluidos los seres humanos desechados, tienden a ser apilados indiscriminadamente en el mismo basural. El acto mismo de tirar a alguien a la basura pone fin a las diferencias, las individualidades, las idiosincrasias. La basura no precisa de distinciones afinadas

16 Agier, *Aux bords du monde, les réfugiés*, op. cit., p. 120.

ni de matices sutiles, salvo que haya que clasificarla para su reciclaje; pero las perspectivas que tienen los refugiados de ser reciclados para ser convertidos en miembros legítimos y reconocidos de la sociedad humana son, como mucho, poco halagüeñas e inmensamente remotas. Se han tomado toda clase de medidas para asegurar la permanencia de su exclusión. Se ha depositado a unas personas desposeídas de cualidades en un territorio sin denominación y se les han bloqueado para siempre todas las vías que llevan de vuelta a lugares significativos y a emplazamientos donde pueden forjarse, y donde se forjan a diario, significados socialmente legibles.

David Blunkett, el ministro británico del Interior, para no ser menos que los tabloides populares, propuso en una ocasión chantajear a los países de origen de los refugiados para que admitieran nuevamente a los “solicitantes de asilo no aprobados” amenazándolos con “recortar las ayudas económicas a aquellos países que no lo hagan”. Y ésa no fue su única nueva idea: Blunkett deseaba “forzar el paso del cambio” y se quejaba de que, debido a la falta de energía de otros dirigentes europeos, “los avances siguen siendo demasiado lentos”.

Él pretendía la creación de una “fuerza europea rápida de operaciones conjuntas” y de “un grupo de trabajo de expertos nacionales” que “elabore evaluaciones de riesgos comunes que detecten el punto débil de las [...] fronteras exteriores de la UE y aborden el problema de la inmigración ilegal por vía marítima y el tráfico de seres humanos”¹⁷ (nuevo término éste diseñado para sustituir al otrora noble concepto de “pasaje”).

Con la cooperación activa de gobiernos y de otras figuras públicas que encuentran en la instigación y la incitación de los prejuicios populares el único sustituto para no tener que hacer frente a las verdaderas fuentes de incertidumbre existencial que acosan a su electorado, los “solicitantes de asilo” (los mismos que, según opinión consensuada entre los políticos y los directores de tabloides, recobraban fuerzas en innumerables réplicas de Sangatte* preparándose para una inminente invasión de las Islas Británicas, o los mismos que estaban

¹⁷ Véase Alan Travis, “UK plan for asylum crackdown”, en *The Guardian*, 13 de junio de 2002.

* Localidad situada en la aglomeración urbana de Calais y que es lugar habitual de partida de una proporción importante de los inmigrantes que desean introducirse en Gran Bretaña. Acogió, además, durante un tiempo, un campamento de refugiados de la Cruz Roja. [N. del T.]

a punto de instalarse —si nadie los detenía— en campamentos levantados expresamente a escasos kilómetros de los domicilios de los electores) ocupan en la actualidad el lugar que antaño correspondía a las brujas de mirada maligna, a los espíritus de los malhechores no arrepentidos y a otros maléficos fantasmas y duendes de múltiples leyendas populares. Ese nuevo folklore urbano (que va engrosándose con gran rapidez y sitúa a las víctimas de la marginación planetaria en el papel de protagonistas malévolos) reúne y recicla los horripilantes relatos de terror heredados de antaño —aquellos de los que había una demanda ávida y constante generada, entonces como hoy, por las inseguridades de la vida en la ciudad—. Como bien sugería Martin Bright, los tristemente famosos disturbios contra los inmigrantes en la localidad británica de Wrexham “no fueron un incidente aislado. Los ataques contra los solicitantes de asilo se están convirtiendo en algo normal en el Reino Unido”. En Plymouth, por ejemplo, esa clase de ataques llegaron a convertirse en rutinarios:

Sonam, un agricultor nepalí de 23 años de edad, llegó a Plymouth hace ocho meses. Su

cauta sonrisa deja entrever que le faltan dos dientes que perdió, no en los violentos conflictos de su propio país, sino al volver de la tienda de la esquina en Davenport.¹⁸

La hostilidad de los autóctonos, unida a la negativa a conceder prestaciones estatales a los recién llegados que no solicitan asilo de ningún tipo a su llegada, y unida también al recorte de la “protección humanitaria” y al endurecimiento de la política de deportaciones de refugiados “no deseados” (10.740 fueron deportados en 2002 y 1.300 detenidos estaban pendientes de deportación en junio de 2003), ha provocado una acusada caída del número de solicitudes de asilo: de 8.900 en octubre de 2002 a 3.600 en junio de 2003. Esos datos han sido interpretados en tono triunfalista por David Blunkett como la prueba del encomiable éxito de la política gubernamental y como muestra definitiva de que las medidas “duras” —entre las que se incluyó el cierre del campamento de refugiados de la Cruz Roja en Sangatte— “estaban funcionando”. Y ciertamente “funcionan”, aunque el

18 Martin Bright, “Refugees find no welcome in city of hate”, en *The Guardian*, 29 de junio de 2003, p. 14.

Consejo de Refugiados británico ha señalado que “impedir simplemente la entrada de personas en el Reino Unido” difícilmente puede anunciarse como un “éxito”, sobre todo si consideramos que “algunas de esas personas pueden necesitar desesperadamente nuestra ayuda”.¹⁹

Para aquellos inmigrantes que, pese a tan ingeniosas estratagemas, no puedan ser deportados de modo expeditivo, el gobierno ha propuesto su confinamiento en zonas lo más remotas y aisladas posibles dentro del propio país (una medida que transforma la extendida creencia de que los inmigrantes no quieren —o no pueden— ser asimilados a la vida económica del país en una profecía que se cumple por sí misma), con lo que, como señalaba Gary Younge, acabarían “erigiéndose auténticos *bantustanes* por toda la campaña británica donde los refugiados acabarían acorralados, aislados y vulnerables” (los solicitantes de asilo, como también apuntaba Younge, “tienen más probabilidades de ser víctimas de delitos que de perpetrarlos”).²⁰

19 Véase Alan Travis, “Tough asylum policy ‘hits genuine refugees’”, en *The Guardian*, 29 de agosto de 2003, p. 11.

20 Gary Younge, “Villagers and the damned”, en *The Guardian*, 24 de junio de 2002.

Según el registro de refugiados del ACNUR, el 83,2% de los registrados en África están instalados en campamentos, como también lo están el 95,9% de los de Asia. En Europa, hasta el momento, sólo el 14,3% de los refugiados han sido recluidos en tales campos. Pero son pocas las esperanzas de que esa diferencia favorable al continente europeo se mantenga durante mucho tiempo en vista de cómo están las cosas.

Empleando los términos derivados de los análisis de Loïc Wacquant,²¹ podríamos decir que los campos de refugiados combinan, mezclan y aglutinan elementos característicos tanto del “gueto comunitario” de la era de Ford y Keynes como del “hipergueto” de nuestra actual época posfordista y poskeynesiana. Mientras que los “guetos comunitarios” eran cuasi totalidades relativamente autosostenidas y autorreproducidas que se completaban con réplicas en minia-

21 Véase Loïc Wacquant, “The new urban color line: The state and fate of the ghetto in postfordist America”, en Craig J. Calhoun (ed.), *Social theory and the politics of identity*, Oxford, Blackwell, 1994; también “Elias in the dark ghetto”, en *Amsterdams Sociologisch Tijdschrift*, diciembre de 1997.

tura de la estratificación, de las divisiones funcionales y de las instituciones de la sociedad en general, necesarias para atender el inventario completo de necesidades de la vida comunitaria, los “hiperguetos”, si por algo no se caracterizan es por ser comunidades autosostenidas. Estos últimos constituyen unas agrupaciones truncadas, artificiales y descaradamente incompletas de personas: son agregados, pero no comunidades; son condensaciones topográficas incapaces de sobrevivir por sí solas. En cuanto las élites lograron escapar del gueto y dejaron de alimentar la red de operaciones económicas que sostenían, aunque fuera de un modo precario, los medios de vida de la población de su interior, las agencias y los organismos de la atención y el control gestionados por el Estado (dos funciones que, por norma, suelen estar estrechamente interconectadas) vinieron a ocupar su lugar. El “hipergueto” se halla suspendido de unos hilos que tienen su origen más allá de sus fronteras y que, sin lugar a dudas, están fuera de su control.

Michel Agier²² ha hallado en los campos de refugiados los mismos elementos de los “guetos

22 Véase Michel Agier, “Entre guerre et ville”, en *Etnography* (en prensa).

comunitarios”, pero entrelazados dentro de una estrecha red de dependencia mutua con los atributos del “hipergueto”. Podríamos conjeturar que tal combinación fortalece aun más el vínculo que liga a los internos con el campamento. La atracción que une entre sí a los moradores del “gueto comunitario” y la repelencia externa que congrega a los marginados en un “hipergueto” (fuerzas poderosas ambas) se superponen y se refuerzan mutuamente. Combinadas con la furibunda y enconada hostilidad del entorno exterior, generan conjuntamente una fuerza centrípeta abrumadora y a la que resulta muy difícil resistirse, lo que hace prácticamente innecesarias las técnicas de reclusión y aislamiento desarrolladas por los administradores y los supervisores de sitios como Auschwitz y los gulags. Los campos de refugiados se aproximan más que ningún otro micromundo social artificial al tipo ideal de “institución total” de Ervin Goffman: ofrecen, por obra u omisión, una “vida total” de la que no hay escapatoria y, al mismo tiempo, impiden eficazmente el acceso a cualquier otra forma de vida.

La permanencia de la transitoriedad, la durabilidad de lo efímero, la determinación objetiva no reflejada en la consecuencialidad subjetiva

de las acciones, el rol social perpetuamente infradefinido o, por decirlo más correctamente, la inserción en el flujo de la vida sin el ancla de un rol social: todas estas características de la vida de la modernidad líquida, y otras relacionadas, están expuestas y documentadas en los hallazgos de Agier. En la extraterritorialidad territorialmente fijada del campamento de refugiados, aquéllas se manifiestan bajo una forma mucho más extrema, sin diluir y, por lo tanto, más visible que en cualquier otro sector de la sociedad contemporánea.

Cabe preguntarse hasta qué punto los campos de refugiados no son laboratorios en los que se pone a prueba y se ensaya (inconscientemente, quizá, pero no menos enérgicamente por ello) el nuevo modelo “permanentemente efímero” de la vida moderna líquida.

Los refugiados y los inmigrantes, que vienen de “lejos” pero se proponen establecerse en el barrio, sólo son adecuados para desempeñar un papel de efígie sobre la que se agita el espectro de las “fuerzas globales”, temidas y aborrecidas porque actúan sin consultar antes a aquellos a quienes va a afectar el resultado de su acción. A fin de cuentas, los solicitantes de asilo y los “inmigrantes económicos” son remedos colecti-

vos (¿un *alter ego*?, ¿unos compañeros de viaje?, ¿unas imágenes especulares?, ¿unas caricaturas?) de la nueva élite en el poder del mundo globalizado, de la que tan generalizadamente se sospecha, y con razón, que se trata del auténtico “malo” de la película. Aquéllos, al igual que esta élite, no están ligados a ningún lugar y son furtivos e impredecibles. Como esa élite, personifican el insondable “espacio de flujos” donde se hunden las raíces de la precariedad actual de la condición humana. Tras buscar en vano otras válvulas de escape más adecuadas, los miedos y las ansiedades se desprenden de sus blancos más próximos para resurgir en forma de resentimiento y temor popular hacia los “extraños que viven entre nosotros”. La incertidumbre no puede desactivarse ni disiparse enfrentándose directamente a la otra personificación de la extraterritorialidad: la élite global que vaga más allá del control humano. Esa élite es demasiado poderosa como para ser retada y enfrentada de manera directa, aun suponiendo que se conociera su ubicación exacta (que no se conoce). Los refugiados, por su parte, son un blanco claramente visible y estacionario en el que descargar la angustia excedente.

Permítanme añadir que, frente a esa afluencia de “forasteros”, el residuo del triunfo de la modernidad a escala planetaria, pero también el reflejo del nuevo desorden mundial en ciernes, “los establecidos” (por utilizar los dos memorables términos de Norbert Elias) tienen motivos de sobra para sentirse amenazados. Amén de representar “lo desconocido” que siempre han encarnado los “extraños que hay entre nosotros”, estos forasteros concretos --los refugiados-- traen consigo el estruendo distante de la guerra y el hedor de los hogares saqueados y de los pueblos arrasados que, inevitablemente, recuerdan a los establecidos con qué facilidad el refugio de la rutina segura y familiar (segura *por lo familiar*) en la que se amparan podría verse resquebrajado o aplastado y cuán engañosa debe de ser la seguridad de su “establecimiento”. El refugiado, como señaló Bertolt Brecht en *Die Landschaft des Exils*, es “ein Bote des Unglücks” (“un heraldo de malas noticias”).

De momento, Europa y sus avanzadas de ultramar (como los Estados Unidos o Australia) parecen buscar respuesta a esos problemas que

les eran desconocidos hasta hace poco con políticas igualmente novedosas y casi nunca antes llevadas a la práctica en la historia europea, dirigidas hacia el interior y no hacia el exterior, centrípetas en vez de centrífugas, implosivas en lugar de explosivas, como la reducción de gastos, el repliegue en sí mismos, la construcción de vallas y alambradas rematadas con una red de aparatos de rayos X y de cámaras de circuito cerrado de televisión, el despliegue de más agentes en las cabinas de control de inmigración y de más guardias de fronteras en el exterior, el endurecimiento de las leyes de inmigración y naturalización, la reclusión de los refugiados en campamentos estrechamente vigilados y aislados, y el freno a la entrada de nuevos inquilinos potenciales de éstos antes de que tengan oportunidad de reclamar su condición de refugiados o de solicitantes de asilo. En definitiva, el sellado de sus dominios frente a las multitudes que llaman a su puerta, pero haciendo muy poco, por no decir nada, para aliviar esa presión eliminando sus causas.

Naomi Klein advirtió una tendencia cada vez más intensa y extendida (iniciada en la Unión Europea, pero pronto seguida por los Estados

Unidos) hacia la creación de un “bastión regional de varios niveles”:²³

Un continente fortaleza es un bloque de naciones que unen sus fuerzas para obtener términos comerciales favorables de otros países y, al mismo tiempo, patrullan sus fronteras externas comunes para impedir la entrada a la población de esos otros países. Pero si un continente se toma realmente en serio lo de convertirse en una fortaleza, también tiene que invitar a uno o dos países pobres para acogerlos dentro de los muros de ésta, ya que alguien tendrá que hacer los trabajos sucios y pesados.

El TLCAN (O NAFTA), el tratado por el que los Estados Unidos extendieron su mercado interno para incorporar a Canadá y a México (“tras el petróleo —escribe Naomi Klein— la mano de obra inmigrante es el combustible que impulsa la economía del sudoeste” de los Estados Unidos), ha sido complementado en julio de 2001 por el “Plan Sur”, en virtud

²³ Naomi Klein, “Fortress continents”, en *The Guardian*, 16 de enero de 2003, p. 23. El artículo fue publicado originalmente en *The Nation*.

del cual el gobierno mexicano asume la responsabilidad de la ingente labor de vigilancia policial de la frontera meridional de su país para poner freno a la oleada de población humana residual y pobre que acude a los Estados Unidos desde los países latinoamericanos. Desde entonces, centenares de miles de inmigrantes han sido detenidos, encarcelados y deportados por la policía mexicana antes de alcanzar siquiera las fronteras estadounidenses. En lo que respecta a la Fortaleza Europa, Naomi Klein sugiere que

Polonia, Bulgaria, Hungría y la República Checa son los siervos de la gleba posmodernos, ya que proporcionan las factorías de bajo coste donde se producen textiles, aparatos electrónicos y coches por un 20 o 25% del coste de fabricarlos en Europa occidental.

En el interior de los continentes fortaleza, se ha instalado “una nueva jerarquía social” para tratar de cuadrar el círculo, para hallar un equilibrio entre postulados en franca contradicción, pero igualmente vitales: la combinación de unas fronteras herméticas con un fácil acceso a una mano de obra barata, poco exigente y dócil que

esté dispuesta a aceptar y a hacer lo que se le ofrezca; o la conjugación del libre comercio con la invocación de un sentimiento antiinmigración (un hilo al que se aferran los gobiernos actuales, que presiden el hundimiento de la soberanía de los estados-nación). “¿Cómo es posible mantenerse abierto al negocio y cerrado a las personas?”, se pregunta Klein. Y responde: “Fácil. Primero, se expande el perímetro exterior. Luego, se cierra éste a cal y canto”. Los fondos que la Unión Europea transfirió de buen grado y sin regatear a los países de Europa central y del este que eran candidatos al acceso iban destinados a la fortificación de las que serían las posteriores fronteras orientales de la Unión...

Tal vez las dos tendencias aquí señaladas no sean más que dos manifestaciones íntimamente relacionadas del deseo de los políticos de obtener partido de (o, incluso, de cultivar) una preocupación popular cada vez más obsesiva por la seguridad; quizás ambas surjan de una variación en el equilibrio entre tendencias inclusivistas y exclusivistas presentes desde siempre, o puede que se trate de fenómenos no relacionados entre

sí, sujeto cada uno de ellos a su propia lógica. Es posible mostrar, de todos modos, que, con independencia de cuáles sean sus causas inmediatas, ambas tendencias derivan de una misma raíz: la difusión global del modo de vida moderno, que ya ha alcanzado actualmente los límites más remotos del planeta, hasta el punto de que ha quedado superada la anterior división entre “centro” y “periferia”, o, más correctamente dicho, entre el modo de vida “moderno” (o “desarrollado”) y el “premoderno” (“subdesarrollado” o “atrasado”): una división que acompañó a las primeras fases de la modernidad, aquellas en las que las transformaciones modernas se habían limitado a una parte relativamente restringida aunque en constante expansión del globo, la cual, gracias a ello, pudo recurrir al diferencial de poder resultante para usarlo como una válvula de escape que la protegiera frente a un posible sobrecalentamiento y para utilizar el resto del planeta como vertedero del desecho tóxico generado por su continua modernización. Ahora, sin embargo, el planeta está lleno; eso significa, entre otras cosas, que procesos típicamente modernos como la construcción de orden y el progreso económico tienen hoy lugar hasta en el último rincón

del globo, y que, por consiguiente, por todas partes se producen en un volumen cada vez más considerable seres humanos clasificados como “desecho”, aunque ahora ya no existan basurales “naturales” adecuados para su almacenaje y su potencial reciclaje. El proceso que Rosa Luxemburgo detectó por primera vez hace ya un siglo (aunque ella lo describió en términos más económicos que explícitamente sociales) ha alcanzado su límite final.

Rosa Luxemburgo observó que, aunque el capitalismo “precisa de organizaciones sociales no capitalistas como marco para su desarrollo”, en realidad, “no cesa hasta asimilar la única condición que puede garantizar su propia existencia”:

Las organizaciones no capitalistas proporcionan un terreno fértil para el capitalismo: el capital se alimenta de las ruinas de tales organizaciones y, aunque este *milieu* no capitalista es indispensable para el proceso de acumulación, éste prosigue a costa incluso de ese medio, al que acaba devorando.²⁴

²⁴ Rosa Luxemburgo, *The accumulation of capital*, traducción al inglés de Agnes Schwarzschild, Londres, Routledge, 1961, pp. 387 y 416 [trad. esp.: *La acumulación de capital*, Barcelona, Orbis, 1985].

Una serpiente engullendo su propia cola... O también podríamos decir, refiriéndonos a una práctica inventada con posterioridad, cuando la distancia entre la cola y el estómago empezó a hacerse peligrosamente corta y los esfuerzos por aplazar el momento crítico se volvieron verdaderamente desesperados: una “liquidación de activos” que necesita continuamente nuevos activos que liquidar, pero que, tarde o temprano, ha de agotar sus existencias o reducirlas por debajo del nivel requerido para su propia subsistencia. En una versión extrema aunque no muy remota de esa práctica, encontramos las guerras de devastación de un país con las que se crea una nueva “tierra virgen” abierta al pastoreo. El 8 de agosto de 2004 (cuando los entrometidos periodistas se hallaban a distancia segura, explorando las playas o los senderos de montaña en sus vacaciones estivales), la Casa Blanca creó la oficina del llamado “coordinador de la reconstrucción y la estabilización posconflicto”. Hasta la fecha, dicha oficina ha elaborado planes “posconflicto” de entre cinco y siete años de duración para veinticinco países –la mayoría de los cuales desconocen todavía que ya han sido apuntados en la lista de los futuros “estados canallas”–

y está en proceso de firmar con las grandes corporaciones empresariales próximas a la Casa Blanca “contratos precumplimentados” para realizar las tareas planificadas (“la reconstrucción”, comenta Naomi Klein, se ha “revelado como un negocio enormemente lucrativo”, pero no para la población autóctona, a la que sólo le queda esperar que nuevas oleadas de “privatización y confiscación de tierras” sean aprobadas y, como ya lo han sido anteriormente, “blindadas antes de que la población local sepa siquiera lo que se le ha venido encima”).²⁵

Rosa Luxemburgo se imaginó un capitalismo que agonizaría por falta de alimento, ya que se desmoronaría tras devorar hasta el último recodo de los prados de “alteridad” en los que se sustentaba. Cien años después, parece que el problema más imponente al que se enfrenta el capitalismo global es social, no económico. Uno de los resultados más letales (posiblemente el más letal de todos) del triunfo global de la modernidad es la acuciante crisis de la industria de tratamiento del desecho (humano), ya que el volumen de población

²⁵ Véase “Allure of the blank slate”, en *The Guardian*, 18 de abril de 2005.

humana residual crece a un ritmo superior al de la capacidad de gestión existente, por lo que resulta perfectamente posible que la modernidad (que hoy es planetaria) se ahogue en sus propios productos de desecho, que ya no puede reasimilar ni expulsar.

Existen numerosos síntomas del rápido aumento de la toxicidad del residuo que se va acumulando. Las malsanas consecuencias del desecho industrial y doméstico para el equilibrio ecológico y la capacidad de uso del planeta son, ya desde hace algún tiempo, un motivo de intensa preocupación (aunque los debates no hayan venido seguidos de una gran acción); sin embargo, no hemos llegado aún a vislumbrar y comprender más que una pequeña parte de los efectos de largo alcance que la creciente masa de “seres humanos de desecho” tendrá sobre el equilibrio político y el equilibrio social de la convivencia humana a nivel planetario.

Loïc Wacquant apunta una paradoja:

Las mismas personas que antaño lucharon con evidente éxito por “reducir el Estado”

para liberar al capital y liberalizar el uso de la fuerza laboral por parte de éste exigen hoy fervientemente “aumentar el Estado” para contener y ocultar las consecuencias sociales nocivas de la desregulación de las condiciones del empleo y del deterioro de la protección social en las regiones inferiores del espacio social.²⁶

Obviamente, esto es cualquier cosa menos una paradoja. El aparente cambio de actitud comparte la misma lógica estricta que rige la transición desde el reciclaje hasta la eliminación de la población humana residual. Ese paso era lo suficientemente radical como para necesitar de la ayuda enérgica del poder estatal, y el Estado accedió a prestarla.

En primer lugar, desmanteló el seguro colectivo contra las caídas individuales, supuestamente temporales, de la rueda productiva. Aquél era un seguro que resultaba indiscutible tanto para la izquierda como para la derecha del espectro político cuando la caída (y, por consiguiente, la consignación a la categoría de residuo pro-

26 Loïc Wacquant, “Comment la “tolérance zéro” vint à l’Europe”, *op. cit.*, p. 40.

ductivo) se consideraba como algo meramente temporal que constituía una fase preliminar y breve del posterior reciclaje (o “rehabilitación”, entendida como el regreso al servicio activo en la fuerza industrial). Pero perdió rápidamente su apoyo “más allá de la división izquierda-derecha” en cuanto las posibilidades de reciclaje empezaron a considerarse remotas e inciertas, y las instalaciones de reciclaje regular parecieron cada vez más incapaces de dar cabida a todos los que caían, y que se sumaban a los que no habían logrado levantarse anteriormente.

En segundo lugar, diseñó y construyó nuevos y más seguros emplazamientos para la eliminación de residuos, para los que tiene garantizado un apoyo popular creciente a medida que disminuyen las esperanzas de que el reciclaje logre funcionar realmente y en vista de que ya no está disponible el método tradicional de eliminación de la población residual (mediante la exportación de la mano de obra excedente), y de que se extiende y se profundiza cada vez más la sospecha de que esa “desechabilidad” es universal, ahora que los horrores de los “seres humanos residuales” alcanzan a todo el mundo en su propia casa.

La proximidad inmediata de grandes y crecientes aglomeraciones de “seres humanos

residuales”, que, muy probablemente, acabarán siendo duraderas o permanentes, requiere políticas segregacionistas más estrictas y medidas de seguridad extraordinarias para no poner en peligro la “salud de la sociedad” ni el “funcionamiento normal” del sistema social. Las bien conocidas tareas parsonianas del “manejo de tensiones” y del “mantenimiento de patrones” que todo sistema necesita realizar para sobrevivir se reducen actualmente casi por completo a la separación estricta del “residuo humano” del resto de la sociedad, a su exención del marco legal en el que las actividades del resto de esa sociedad se desarrollan y a su expulsión fuera de los límites en los que se circunscribe la “vida normal”. Es necesario, pues, que ese residuo se encierre dentro de contenedores bien sellados.

Y el sistema penal proporciona esos contenedores. Como bien explica David Garland en su sucinto y preciso resumen de la transformación actual, las cárceles —que en la era de las prisiones destinadas al reciclaje “funcionaban como el último recurso del sector penitenciario”— están

hoy “concebidas de manera mucho más explícita como un mecanismo de exclusión y control”. Hoy son los muros, y no lo que sucede en su interior, “los que se consideran el elemento más importante y valioso de la institución”.²⁷ La intención anterior de “rehabilitar”, “reformular”, “reeducar” y devolver las ovejas descarriadas al redil es hoy objeto, a lo sumo, de alguna que otra mención retórica que suele ser replicada de inmediato por un coro airado y deseoso de sangre dirigido por los principales tabloides y acompañado —en labores de cantantes solistas— por los políticos más destacados. La principal y, quizás, única finalidad explícita de las prisiones es la eliminación de los seres humanos residuales: una eliminación final y definitiva. Una vez desechados, son ya desechados para siempre. Para un ex presidiario en libertad condicional o vigilada, regresar a la sociedad es casi un imposible, pero el retorno a la prisión está casi garantizado. En lugar de facilitar y guiar el camino “de vuelta a la comunidad” para los presos que han cumplido su período de castigo, la función de los

²⁷ David Garland, *The culture of control: Crime and social order in contemporary society*, op. cit., pp. 177-178.

agentes que vigilan su libertad condicional es mantener a la comunidad a salvo de ese peligro perpetuo que anda temporalmente suelto. “Los intereses de los delincuentes convictos, en el caso de que lleguen a ser considerados de algún modo, son considerados como fundamentalmente opuestos a los de la población en general”:²⁸

En el fondo, existe una tendencia a ver a los delincuentes como personas “intrínsecamente malvadas y perversas” que “no son como nosotros”: toda similitud es puramente accidental. [...]

No puede haber ninguna inteligibilidad mutua, ningún puente de entendimiento, ninguna comunicación real entre “nosotros” y “ellos”. [...]

Tanto si el carácter del delincuente es el resultado de unos genes defectuosos como si es consecuencia de haber sido criado en una cultura antisocial, el producto es el mismo: una persona inaceptable, imposible de reformar, que se sitúa a sí misma fuera de la comunidad civil. [...]

²⁸ *Ibid.*, p. 180.

Quienes no encajan o no pueden encajar deben ser excomulgados y expulsados sin contemplaciones.²⁹

En resumen: las prisiones, como tantas otras instituciones sociales, han dejado atrás la fase del reciclaje y han pasado a la de la eliminación de residuos. Han sido reubicadas en la primera línea de la batalla para resolver la crisis en la que ha caído la industria de la eliminación de residuos como resultado del triunfo global de la modernidad y la nueva “plenitud” del planeta. Todo desecho es potencialmente venenoso o, al menos (y por el hecho mismo de ser definido como desecho o residuo), contaminante y perturbador del orden correcto de las cosas. Si el reciclaje deja de ser rentable y sus probabilidades ya no son realistas (como mínimo, en el presente escenario), el modo adecuado de tratar el desecho es acelerando su degradación y su descomposición, al tiempo que aislándolo todo lo herméticamente posible del hábitat humano usual:

El trabajo, las ayudas sociales y el apoyo familiar eran los medios por los que los ex

²⁹ David Garland, *The culture of control...*, op. cit., pp. 184-185.

presidarios se reinsertaban en la sociedad. Al decaer esos recursos, el encarcelamiento se ha convertido en un destino a más largo plazo del que los individuos tienen pocas posibilidades de regresar a una libertad no supervisada. [...]

La prisión es utilizada hoy en día como una especie de reserva, un área de cuarentena en la que se segrega a individuos supuestamente peligrosos en nombre de la seguridad pública.³⁰

Construir más prisiones, aumentar el número de delitos punibles con penas de cárcel, implantar una política de “tolerancia cero” y aprobar sentencias más duras y prolongadas: todos estos elementos forman parte de un intento de reconstrucción de la fallida y tambaleante industria de la eliminación de residuos sobre la base de unos cimientos renovados que se ajusten mejor a la nueva situación del mundo globalizado.

El *Guardian* (del 24 de enero de 2003) tituló así una investigación sobre los diarios británicos más leídos: “La prensa azuza el histerismo ante la política de asilo. Los directores tildan a Gran

³⁰ *Ibid.*, p. 178.

Bretaña de paraíso para las mafias y establecen vínculos directos entre los refugiados y los terroristas”. Y, aunque bien es cierto que el primer ministro británico aprovecha cualquier aparición pública para advertir a su auditorio de lo inevitable e inminente de un próximo ataque terrorista contra Gran Bretaña (aun cuando su lugar y su momento sean la encarnación misma de la incertidumbre), y aunque no es menos verdad que su ministro del Interior equipara a la sociedad británica con un “resorte” en referencia a las tensiones que ocasionan en ella los bullentes y lacerantes problemas de los solicitantes de asilo, parece evidente que los tabloides se han dado mucha prisa en mezclar ambas advertencias en un cóctel de histeria asilo-terrorista.

Si hubiera un concurso en el que se premiara la mejor formulación política de esta nueva variante de miedo con respaldo oficial, el galardón iría a parar probablemente al diario *The Sun*, que ha llegado a ofrecer la combinación perfecta en ese sentido (una que, además de ser sumamente fácil de ingerir, no deja nada a la suposición o a la imaginación): “Estamos ofreciendo una invitación abierta al terrorista para que viva de nuestras prestaciones sociales”.

Todo un golpe maestro, sin duda: el novedoso miedo a los terroristas fundido y consolidado con el ya arraigado, aunque constantemente necesitado de reaprovisionamiento, odio a los “gorriones”. La cruzada contra los “parásitos de las ayudas sociales” ha adquirido una nueva e indomable arma.

Mientras la guerra contra la incertidumbre económica ha sido suprimida del orden del día por el mismo Estado que ataca, por ignominiosa, la “dependencia de las ayudas sociales” y exhorta a los súbditos individuales a buscar y hallar por su cuenta remedios también individuales a la inseguridad existencial que padecen individualmente, esa nueva especie de miedo colectivo inspirado y atizado oficialmente ya ha sido aprovechado para nuevas fórmulas políticas. La preocupación por la seguridad personal ha sido consecuentemente trasladada del fangoso terreno de la precariedad fomentada por el mercado (un terreno por el que los gobiernos estatales no tienen la capacidad ni la voluntad de moverse) a un área más segura y mucho más “telefotogénica”, donde puede exhibirse, al menos durante un tiempo, el poderío asombroso y la determinación de acero de los gobernantes.

Otros tabloides siguieron rápidamente la misma línea de *The Sun*, empeñados en situarse a la cabeza de la campaña de desenmascaramiento de la siniestra conexión entre los solicitantes de asilo y la conspiración terrorista (en una de sus ediciones, el *Daily Express* reprodujo veinte de sus antiguas portadas y colocó sobre ellas el titular “¡Ya lo habíamos advertido!” a modo de conclusión triunfal) y en componer nuevas variantes del mismo motivo coral, compitiendo por alcanzar las notas más llamativas y los agudos más inesperados (el *Daily Mail*, por su parte, sugirió que “si Hitler hubiese venido a Gran Bretaña en 1944, habría tenido derecho a obtener asilo en este país”). Según señalaba Steven Morris (autor de la citada investigación), el *News of the World*

colocó una columna de David Blunkett, en la que éste advertía de los falsos mitos existentes acerca de los refugiados y el terrorismo, justo al lado de una noticia sobre los solicitantes de asilo que viven cerca del lugar donde murió D. C. Oake [a consecuencia de los disparos recibidos mientras la policía estaba arrestando a unos sospechosos inmigrantes (Z. B.)].

Lo cierto es que no se ha dejado un solo títere con cabeza ni se han hecho excepciones. Fazil Kawani, director de comunicaciones del Consejo de Refugiados británico, resumía del siguiente modo el mensaje general: “Estas noticias transmiten la impresión de que todos los solicitantes de asilo son terroristas y criminales”. En una extraña mezcla de tópicos extraídos de universos de valores mutuamente incompatibles, *The Sun* (en su editorial del 27 de enero de 2003) exponía lo siguiente:

Este mar de humanidad está contaminado por el terrorismo y la enfermedad, y amenaza nuestro modo de vida. [...] Blair debe decir *basta ahora*, revocar la ley sobre derechos humanos *ahora* y recluir a todos los ilegales *ahora* hasta que puedan ser investigados.

En su exhaustivo estudio de la genealogía de los miedos modernos,³¹ Philippe Robert descubrió

31 Philippe Robert y Laurent Mucchielli, *Crime et insécurité: l'état des savoirs*, París, La Découverte, 2002. Véase también “Une généalogie de l'insécurité contemporaine: entretien avec Philippe Robert”, en *Esprit*, diciembre de 2002, pp. 35-38.

que, a partir de los primeros años del siglo xx (es decir, y no por casualidad, desde los años en que empezó a vislumbrarse en el horizonte la posibilidad del “Estado social”),³² el temor por la delincuencia fue remitiendo paulatinamente hasta mediados de la década de 1970, cuando se desató un pánico por la “seguridad personal”, centrado en la delincuencia que aparentemente se cocinaba en las *banlieues* donde se hallaba concentrada la nueva población inmigrante. Pero lo que estalló en ese momento no fue más –según Robert– que una “bomba de efectos retardados”: la preocupación por la seguridad ya se había afianzado con firmeza gracias al “doble impacto” de la remisión lenta pero constante del seguro colectivo que el “Estado social” había ofrecido hasta entonces y de la rápida “desregulación” de los mercados laborales.

En opinión de Hans-Jörg Albrecht,³³ lo único verdaderamente novedoso es el vínculo que se ha establecido entre la inmigración y la imagen

32 Véase Robert Castel, *Métamorphoses de la question sociale: une chronique du salariat*, París, Fayard, 1995.

33 Hans-Jörg Albrecht, “Immigration, crime and safety”, en Adam Crawford (ed.), *Crime and insecurity: The governance of safety in Europe*, Devon, Willan Publishing, 2002, pp. 159-185.

pública de las causas de la violencia y el miedo por la seguridad; por lo demás, poco ha cambiado desde los inicios del Estado moderno, cuando las imágenes folklóricas elementales de diablos y demonios –que antes “absorbían por completo” los temores difusos en torno a la seguridad– fueron “transformadas en peligro y riesgos”.

La demonización ha sido reemplazada por el concepto y la estrategia de la “peligrosización”. Como consecuencia, el ejercicio del poder político se ha vuelto parcialmente dependiente del *Otro* “desviacionista” (que se aparta de la norma) y de la movilización de los sentimientos de seguridad. El poder político y su instauración, así como su preservación, dependen actualmente de la cuidadosa selección de los temas por los que se hace campaña, y, entre ellos, la protección (y la sensación de inseguridad) es de primordial importancia.

Los inmigrantes, conviene señalarlo, encajan mejor en esa finalidad que ningún otro “tema”. Hay una especie de “afinidad electiva” entre los inmigrantes –ese desecho humano procedente de partes distantes del planeta y descargado en “nuestro propio patio trasero”– y los menos soportables de nuestros propios temores locales. En momentos en que todos los lugares y posi-

ciones ya no son sólidos ni fiables, los inmigrantes son un mal agüero. Exudan ese vago aroma del basural que, en diversas formas y disfraces, ronda las noches y las pesadillas de las víctimas y las potenciales bajas de la creciente vulnerabilidad. Para sus detractores y para quienes los odian, representan –en carne y hueso, de un modo visible y tangible– el presentimiento inarticulado pero igualmente doloroso de su propio carácter desechable. Estoy incluso tentado de afirmar que si no hubiera inmigrantes llamando a nuestras puertas, tendríamos que haberlos inventado... De hecho, proporcionan a los gobiernos el “*Otro* desviacionista” ideal, un blanco más que bienvenido para los “cuidadosamente seleccionados” “temas de campaña”.

Despojados de gran parte de sus prerrogativas y capacidades soberanas como consecuencia de las fuerzas de la globalización a las que no pueden oponer resistencia ni, menos aun, controlar, los gobiernos no tienen más opción que “seleccionar cuidadosamente” blancos u objetivos que puedan controlar (o, al menos, que les quepa alguna posibilidad de controlar) y contra los que puedan dirigir sus salvas retóricas y hacer pública exhibición de su poderío

cuando sus agradecidos súbditos los estén viendo y oyendo. Como explica Adam Crawford,

la “seguridad comunitaria”, en la medida en que su inquietud se centra en cuestiones relacionadas con la “calidad de vida”, está saturada de preocupaciones por la protección personal y la “inseguridad ontológica”. Evoca una “solución” para el crimen, los comportamientos incívicos y el desorden, con lo que capacita al Estado (local) para reafirmar algún tipo de soberanía. Reafirma así simbólicamente cierto control sobre determinado territorio, que es visible y tangible. [...] La actual preocupación de los gobiernos por los delitos menores, los desórdenes y la conducta antisocial refleja la detección de una fuente de “ansiedad” sobre la que puede hacerse algo en medio de un mundo por lo demás incierto.³⁴

Y los gobiernos (nacionales, aunque refundidos en “locales” en la era de la globalización) de nuestro tiempo están “tratando de encontrar

³⁴ Adam Crawford, “The governance of crime and insecurity in an anxious age: The trans-European and the local”, en *Crime and insecurity*, op. cit., p. 32.

ámbitos de actividad en los que puedan imponer su soberanía”³⁵ y demostrar convincentemente en público que así lo han hecho.

Las asociaciones de ideas pueden ser mortíferas, sobre todo, si son recalçadas de manera machacona, monótona y ensordecedora; pero, por ese mismo motivo, también pueden acabar resultando evidentes por sí mismas, sin que necesiten ya prueba alguna para ser creídas. Podemos seguir insistiendo en que, como advertía Hume, *post hoc* (o, incluso, *apud hoc*) *non est propter hoc*,³⁶ pero el propio Hume también sugería que asumir lo contrario es una falacia muy habitual y una de las más difíciles de erradicar. Asociar a los terroristas con los solicitantes de asilo y los “inmigrantes económicos” puede ser una generalización excesiva, injustificada o, incluso, descabellada, pero efectiva: la figura del “solicitante de asilo”, que antaño despertaba la compasión humana y el impulso a prestar ayuda, ha quedado mancillada y envi-

35 Leon Zedner, “The pursuit of security”, en T. Hope y R. Sparks (eds.), *Crime, risk and insecurity*, Londres, Routledge, 2000, p. 201.

36 Lo que, más o menos, viene a significar que si A precede en el tiempo a B (o coincide con B), no significa que A y B estén relacionados entre sí como causa y efecto.

lecida de modo perdurable, y la idea misma de “asilo”, que alguna vez fuera una cuestión de orgullo cívico y civilizado, ha sido reclasificada como una invención atroz de vergonzosa ingenuidad e irresponsabilidad criminal.

Tampoco ayudó a la imagen de los “inmigrantes económicos” –ahora retirados de los titulares de prensa, donde han dejado su sitio a los sinietros “solicitantes de asilo” (portadores de venenos y enfermedades diversas)– el hecho de que representen, como ha señalado Jelle van Buuren,³⁷ todo aquello que el credo neoliberal sacraliza y sostiene como preceptos que deberían regir la conducta de todo el mundo (“las ganas de progresar y prosperar, la responsabilidad individual, la disposición a asumir riesgos, etc.”). Acusados desde hace años de ser unos “gorriones” y de aferrarse a sus poco atractivas costumbres y creencias de origen, ya no pueden despojarse –por muy fuerte que traten de sacudírsela de encima– de la acusación generalizada de conspiración terrorista que pesa sobre las “personas como ellos”: los extraños que han venido a quedarse.

37 Jelle van Buuren, “Le droit d’asile refoulé à la frontière”, en *Manière de Voir*, marzo-abril de 2002, pp. 76-80.

El “Estado social”, coronación de una larga historia de democracia en Europa y, hasta fecha reciente, forma dominante de esta última, se halla hoy en franca retirada. El Estado social fundaba su legitimidad y basaba la lealtad y la obediencia que exigía a sus ciudadanos en la promesa de defenderlos y asegurarlos frente a la superfluidad, la exclusión y el rechazo (frente a la posibilidad de verse destinados a la categoría del “desecho humano” por culpa de las inadecuaciones o los infortunios individuales), y, por consiguiente, en la promesa de inyectar certidumbre y seguridad en unas vidas que, de otro modo, estarían gobernadas por el caos y la contingencia. Si los desventurados individuos tropezaban y caían, ahí habría alguien para ayudarlos a levantarse de nuevo.

Las condiciones erráticas en el terreno del empleo, sacudido por la competencia de mercado, eran entonces, y continúan siendo, la principal fuente de la incertidumbre sobre el futuro y de la inseguridad en torno a la posición social y la autoestima que acucian a los ciudadanos. Fue fundamentalmente en contra de *esa* incertidumbre que el Estado *social* se propuso prote-

ger a sus súbditos haciendo más seguros tanto sus puestos de trabajo como su futuro. Ahora, sin embargo, y por muchos motivos (entre los que la globalización de los mercados y la redistribución global del desecho generado por ésta —procesos interrelacionados que los estados-nación, las únicas agencias políticas efectivas, no pueden detener ni, siquiera, condicionar seriamente— destacan por encima de la mayoría), eso ya no es así. El Estado contemporáneo no puede seguir cumpliendo la promesa del Estado social, y sus políticos ya ni siquiera la repiten. Las políticas que el Estado contemporáneo pone en marcha presagian, por el contrario, una vida aun más precaria y cargada de riesgos que hará necesarias políticas aun más arriesgadas e imposibilitará casi por completo cualquier proyecto de vida consistente. Los políticos de nuestros días piden “mayor flexibilidad” a sus electores (lo que equivale a pedirles que se preparen para las inseguridades aun mayores que se avecinan).

Dadas las circunstancias, hallar una nueva “fórmula de legitimación” sobre la que puedan fundamentarse la autoafirmación de la autoridad estatal y la exigencia de disciplina de parte del propio Estado es la más urgente e imperiosa

necesidad de todos los gobiernos que presiden el desmantelamiento y el declive del Estado social. Que seamos “víctimas colaterales” de un progreso económico ahora en manos de fuerzas económicas globales que operan sin restricciones no es una contrariedad que un gobierno estatal pueda comprometerse creíblemente a conjurar. Sin embargo, reforzar los temores sobre una seguridad personal amenazada por conspiradores terroristas —que operan igualmente libres de tales restricciones— para luego prometer más guardias de seguridad, una red más tupida de aparatos de rayos X y de circuitos cerrados de televisión, controles más frecuentes y más detenciones y ofensivas preventivas para proteger esa seguridad, sí parece una alternativa muy oportuna.

A diferencia de la inseguridad fabricada por los mercados, más que palpable y experimentada a diario, que no necesita más ayuda de los poderes políticos para mantenerse que la no intervención de éstos, la mentalidad de “fortaleza asediada” y de posesiones y cuerpos individuales amenazados debe ser *cultivada de manera activa*. Las amenazas deben pintarse con el más oscuro de los colores, de modo que lo que pueda presentarse posteriormente

al asustado público en general como *extraordinario* no sea *el advenimiento* de la catástrofe augurada, sino la *no materialización de las amenazas*: todo un golpe de suerte por el que la población estará en deuda con las habilidades, la vigilancia, la atención y la buena voluntad excepcionales de los órganos del Estado. Y tal como debe hacerse, se hace. Y con ello se obtiene un efecto espectacular.

Casi a diario —y, como mínimo, una vez por semana—, la CIA y el FBI advierten a los estadounidenses sobre intentos inminentes de asalto a su seguridad, lo que los sitúa en un estado de constante alerta de seguridad y convierte la protección individual en el foco de atención de tensiones difusas. Al mismo tiempo, el presidente de la nación no deja de recordar a su electorado que “bastaría con un solo vial, un simple bidón o un cajón de embalaje introducidos en este país para desatar una jornada de un horror que nunca antes hemos conocido”. Esa estrategia ha sido ávidamente copiada (si bien, hasta el momento, con algo menos de ardor, aunque sólo sea por una cuestión de insuficiencia de fondos, más que de falta de voluntad) por otros gobiernos que también ejercen de officiantes del entierro del Estado social. La nueva

demanda popular de un poder estatal fuerte capaz de resucitar las desvanecidas esperanzas de protección social –respaldada por ese Estado– frente a la relegación al desecho, está cimentada sobre la base de la vulnerabilidad y la seguridad *personales*, en lugar de la precariedad y la protección *sociales*.

Como en tantos otros casos, los Estados Unidos también están desempeñando un papel pionero al marcar la pauta en el desarrollo de esa nueva fórmula de legitimación. No es de extrañar, pues, que muchos gobiernos que se enfrentan a esa misma tarea se fijen en los Estados Unidos con favorable predisposición y vean en las políticas allí aplicadas un ejemplo útil que seguir. Bajo ciertas diferencias de opinión ostensibles y abiertamente aireadas en cuanto a los modos de proceder, parece existir una auténtica “unión de pensamiento” entre los gobiernos que no se reduce únicamente a una coincidencia momentánea de intereses efímeros y que se trataría de un acuerdo no escrito, tácito, sobre una política de legitimación común entre los detentadores del poder estatal. Que algo así esté sucediendo lo demuestra el celo con el que el premier británico, observado con creciente interés por otros primeros ministros europeos,

importa y se adhiere a novedades estadounidenses relacionadas con la producción de un “estado de emergencia”, tales como recluir a los “extranjeros” (llamados eufemísticamente “solicitantes de asilo”) en campamentos, dar prioridad absoluta a las “consideraciones de seguridad” sobre los derechos humanos, abolir o dejar en suspenso muchos de esos derechos que estaban en vigor desde los tiempos de la *Carta Magna* y el *Habeas Corpus*, implantar una política de “tolerancia cero” con respecto a los supuestos “delincuentes en ciernes”, y reiterar asiduamente advertencias de que *unos* terroristas están preparados para atacar con casi total seguridad en *algún* lugar y en *algún* momento.

Actualmente, todos somos candidatos potenciales a desempeñar el papel de “víctimas colaterales” de una guerra que no hemos declarado y para la que no hemos dado nuestro consentimiento. Se espera así que, comparados con semejante amenaza (sobre cuya inmediatez y dramatismo se nos insiste mucho más machaconamente), los temores ortodoxos de superfluidad social de toda la vida queden empujados y, tal vez, incluso adormecidos. Las noticias sobre los problemas de los servicios educativos o sanitarios, o sobre el deterioro

incesante de las infraestructuras y de las instalaciones de transporte, o sobre reducciones adicionales de las prestaciones sociales y nuevos aumentos del desempleo juvenil, quedan así relegadas a las páginas interiores de los diarios y son expulsadas de la atención pública y (durante un tiempo, al menos) del orden del día político.

El de “daños colaterales” fue un término inventado con el propósito de designar un residuo humano específico de las nuevas condiciones de territorio fronterizo imperantes en el planeta y creadas por el impetuoso e ilimitado impulso globalizador, que, hasta ahora, se ha resistido con éxito a todo intento de domesticación y regulación. En el momento presente, los miedos relacionados con esa variedad moderna de producción de desecho parecen eclipsar las aprensiones y las ansiedades relacionadas con la generación de residuos más tradicional. Poco nos puede extrañar, pues, que sean esos temores más recientes los más ávidamente empleados en la construcción (y, por consiguiente, también en los intentos de “deconstrucción”) de las nuevas jerarquías de poder a escala planetaria.

Desde el momento en que azota el mundo humano, el miedo adquiere un impulso y una lógica de desarrollo propios, y precisa de muy poca atención y de casi ninguna aportación adicional para difundirse y crecer... de manera imparable. Según David L. Altheide,

lo verdaderamente crucial no es el miedo al peligro, sino el grado de expansión que este miedo puede adquirir, aquello en lo que se puede convertir. [...] La vida social cambia cuando las personas viven parapetadas tras unos muros, contratan vigilantes, conducen vehículos blindados [...], llevan *sprays* con gas para defensa personal y pistolas, y acuden a cursillos de artes marciales. El problema es que todas esas actividades reafirman y contribuyen a producir una sensación de desorden que perpetuamos con nuestros actos.³⁸

Los miedos nos impulsan a emprender medidas defensivas, y las medidas defensivas dan un

³⁸ David L. Altheide, “Mass media, crime, and the discourse of fear”, *Hedgehog Review*, vol. 5, N° 3, otoño de 2003, pp. 9-25.

aura de inmediatez y tangibilidad al miedo. El temor se ha instalado ahora en nuestro interior y satura nuestras rutinas diarias; si apenas necesita más estímulos del exterior, es porque las acciones a las que da pie día tras día suministran toda la motivación y toda la energía que requiere para reproducirse. Entre los mecanismos que compiten por aproximarse al sueño del *perpetuum mobile*, la autorreproducción del enredo circular entre el miedo y las acciones que éste inspira parece ocupar una posición muy destacada.

Es como si nuestros temores hubiesen adquirido la capacidad de perpetuarse y reforzarse a sí mismos: como si hubiesen cobrado un impulso propio y pudiesen continuar creciendo alimentándose exclusivamente de sus propios recursos. Evidentemente, esa supuesta autosuficiencia no es más que una ilusión, como ilusiones han sido siempre los otros innumerables mecanismos que han pretendido obrar el milagro de la autopropulsión y la autoalimentación absolutas. Ni que decir tiene que el ciclo formado por el miedo y las acciones dictadas por éste no seguiría rodando ininterrumpidamente y adquiriendo mayor velocidad a cada paso si no extrajera

su energía de determinados estremecimientos existenciales.

La presencia de tales estremecimientos no es algo que pueda considerarse exactamente novedoso. Los temblores existenciales han acompañado a los seres humanos durante toda su historia, ya que ninguno de los escenarios sociales en los que se fueron desarrollando las actividades propias de la vida humana ofreció nunca garantías de una protección infalible contra los golpes del “destino” (término acuñado para separar los infortunios de esa clase de adversidades que los humanos sí podían evitar, y que no se refiere tanto a la naturaleza peculiar de los golpes en sí como a la admisión de la *incapacidad humana* para predecirlos —y, aun menos, para prevenirlos o domesticarlos—). Por definición, el “destino” golpea sin avisar y es ciego a lo que las víctimas hagan o dejen de hacer para huir de sus azotes. El “destino” ha encarnado siempre la ignorancia y la impotencia humanas, y debe su impresionante poder atemorizador a esas debilidades concretas de sus víctimas. Y, como escribieron los editores de la *Hedgehog Review* en la introducción de un número especial de la revista dedicado al miedo, “a falta de comodidad existencial”, la gente

tiende a conformarse “con la seguridad protectora (*safety*) o con un sucedáneo de ésta”.³⁹

El terreno sobre el que supuestamente descansan nuestras perspectivas vitales es poco firme, sin lugar a dudas, como lo son nuestros empleos y las empresas que los ofrecen, o nuestros compañeros y compañeras sentimentales, o nuestras redes de amistades, o nuestra posición en la sociedad y la autoestima y la confianza que derivamos de dicha posición.

El “progreso”, en otros tiempos la manifestación más extrema de optimismo radical y promesa de felicidad duradera universalmente compartida, está ahora ubicado en el polo diametralmente opuesto, distópico y fatalista de las expectativas: hoy encarna la amenaza de un cambio implacable e inexorable que, lejos de augurar paz y alivio, no hace más que presagiar una crisis y una tensión continuas que no dejarán un momento para el respiro. El “progreso” se ha transformado en una especie de interminable e ininterrumpido juego de las sillas musicales, en el que un solo instante de desatención acarrea una derrota irreversible y una exclusión irrevocable. En lugar de grandes

expectativas y de dulces sueños, el “progreso” evoca noches de insomnio repletas de pesadillas en las que nos acosa la sensación de “quedarnos rezagados”, de perder un tren o de caer por la ventanilla de un vehículo en marcha que no deja de acelerar.

Incapaces de aminorar el vertiginoso ritmo del cambio, y menos aun de prever y controlar su dirección, tendemos a centrarnos en aquello sobre lo que podemos, o creemos que podemos o se nos asegura que podemos influir. Tratamos de calcular y minimizar el riesgo de que nosotros (o quienes nos son más próximos y queridos en ese momento) podamos ser personalmente víctimas de los incontables e indefinibles peligros que sospechamos que nos deparan este mundo impenetrable y su futuro incierto. Nos sumergimos en la exploración de “los siete signos del cáncer” o de “los cinco síntomas de la depresión”, o en la exorcización de los fantasmas de la hipertensión arterial y de la hipercolesterolemia, el estrés o la obesidad. Buscamos, por así decirlo, blancos *sustitutivos* hacia los que dirigir nuestro excedente de temores existenciales a los que no hemos podido dar una salida natural y, entre nuestros nuevos objetivos improvisados, encontramos las precauciones

³⁹ *Hedgehog Review*, vol. 5, N° 3, pp. 5-7.

frente a la inhalación del humo de los cigarrillos de otras personas, frente a la ingesta de alimentos ricos en grasas o en bacterias “malas” (precaución que acompañamos del consumo ávido de líquidos que prometen proporcionarnos las que son “buenas”), frente a la exposición al sol o frente al sexo sin protección. Quienes podemos permitirnoslo, nos fortificamos contra todo peligro visible o invisible, presente o previsto, conocido o por conocer, difuso aunque omnipresente, encerrándonos tras un muro de protección, inundando los accesos a nuestros domicilios de cámaras de televisión, contratando a vigilantes armados, conduciendo vehículos blindados (como los consabidos todoterrenos), llevando ropa igualmente “blindada” (como los “zapatos de suela gruesa”) o acudiendo a clases de artes marciales.

“El problema”, sin embargo, como bien sugiere David L. Altheide, “es que estas actividades reafirman y contribuyen a producir una sensación de desorden que nuestras acciones no hacen más que precipitar”. Cada cerradura adicional que colocamos en la puerta de entrada como respuesta a los sucesivos rumores de ataques de criminales de aspecto extranjero ataviados con túnicas en las que ocultan multitud

de dagas, y cada revisión de la dieta en respuesta a una nueva “alerta alimentaria”, hacen que el mundo parezca *más* traicionero y temible, y desencadenan aun *más* acciones defensivas que añaden mayor vigor a la capacidad de autopropagación que el miedo posee.

De la inseguridad y del miedo se puede extraer un gran capital comercial, como, de hecho, se extrae. “Los anunciantes –comenta Stephen Graham– han explotado deliberadamente los temores generalizados al terrorismo catastrófico para aumentar las sumamente rentables ventas de todoterrenos”.⁴⁰ Estos auténticos monstruos engullidores de gasolina, mal llamados “todoterrenos”, se alzan ya con el 45% de todas las ventas de coches en los Estados Unidos y se están incorporando a la vida urbana cotidiana en forma de auténticas “cápsulas defensivas”. El todoterreno es un símbolo de seguridad que, como los vecindarios de acceso vigilado por los que a menudo circulan, aparece retratado en los anuncios como algo inmune a la arriesgada e impredecible vida urbana exterior... Estos vehículos parecen disipar el miedo que la clase

⁴⁰ Stephen Graham, “Postmortem city: Towards an urban geopolitics”, en *City*, N° 2, 2004, pp. 165-196.

media urbana siente cuando se desplaza –o se detiene en un atasco– por su ciudad “natal”.

Eduardo Mendieta es aun más incisivo en su análisis del mensaje evocado por este repentino amor de los estadounidenses por los todoterrenos (o, en el caso particular que él comenta, por los “Hummer”):

Antes de que se popularizara el Hummer, ya contábamos con la imagen de un vehículo blindado como ninguno y perfectamente equipado para afrontar las junglas de hormigón y el caos urbano: el vehículo blindado militar del campo de batalla. El Hummer [...] sólo aprovecha una necesidad que ya se había generado de antemano: la necesidad de estar preparados para movernos por la ciudad en llamas, por la ciudad que se desmorona víctima de la agitación que ha convulsionado las urbes tras la década de 1960. [...] [El todoterreno] da a entender e insinúa, sin especial disimulo, que la ciudad es un campo de batalla y una jungla que hay que conquistar y, a la vez, de la que hay que escapar.⁴¹

⁴¹ Eduardo Mendieta, “The axle of evil: SUVing through the slums of globalizing neoliberalism”, en *City*, N° 2, 2005, pp. 195-204.

El todoterreno es sólo un ejemplo más de los usos comerciales que se pueden dar a los temores cuando éstos son “desacoplados” de sus fuentes, sacados a flote, presentados de manera difusa, poco definida y desenfocada. Muchas personas darían una pierna y un brazo por la comodidad de saber de qué deberían tener miedo y por la satisfacción de haber hecho todo lo posible sobre la base de esa información. Como si se tratara de efectivo listo para cualquier inversión, el capital del miedo puede ser, y en efecto lo es, transformado en muy variadas formas de rentabilidad, ya sea comercial o política.

La seguridad personal se ha convertido en un gran argumento de venta, tal vez, incluso, el mayor de todos en toda clase de estrategias de *marketing*. La tutela de “la ley y el orden”, reducida cada vez más a una mera promesa de protección personal, se ha convertido en un importante, tal vez *el más* importante argumento de venta en los programas políticos y las campañas electorales. Mientras tanto, la exhibición de amenazas a la seguridad personal ha pasado a ser un importante, quizás *el más* importante recurso en las guerras de audiencia de los medios de comunicación, lo que ha redundado aun más en el éxito de los usos comercial

y político del miedo. Como dice Ray Surette, el mundo, tal como se ve por televisión, parece estar formado por unos “ciudadanos-ovejas” protegidos de los “delincuentes-lobos” por unos “policías-perros pastores”.⁴²

Lo que distingue más fundamentalmente a los temores presentes (avatares de miedos ya familiares en las formas anteriormente vividas de la existencia humana) es, tal vez, el desplazamiento entre las acciones inspiradas por el miedo y los estremecimientos existenciales que generan el miedo que las inspiró. En el fondo, eso significa el desplazamiento de los temores, que se han trasladado ahora desde las grietas y las fisuras de la condición humana donde nace y se incuba el “destino”, hacia ámbitos de la vida que apenas están conectados con la auténtica fuente de la ansiedad. Por mucho esfuerzo que invirtamos en esas áreas, es más que improbable que de ese modo logremos neutralizar o bloquear la fuente, y, por lo tanto, es más que probable que todo empeño, por serio e ingenioso que sea, de apaciguar la ansiedad resulte infructuoso. De ahí que siga rodando

42 Ray Surette, *Media, crime and criminal justice*, Pacific Grove, Brooks/Cole, 1992, p. 43.

el círculo vicioso del miedo y de las acciones inspiradas por éste sin perder un ápice de su energía, pero también sin aproximarse a su objetivo ostensible en lo más mínimo.

Permítanme que haga explícito lo que ya se ha insinuado anteriormente: el círculo en cuestión se ha desplazado de la esfera de la seguridad (o *security*) —es decir, desde el plano de la presencia/ausencia de confianza/seguridad en uno mismo— a la de la protección o seguridad protectiva (*safety*) —o, lo que es lo mismo, al plano del guarecerse de/exponerse a la propia persona y sus extensiones—.

La primera esfera, despojada progresivamente de los andamios institucionales proporcionados por el Estado, ha quedado expuesta a los caprichos del mercado y ha sido convertida en un terreno de juego de las fuerzas globales que operan más allá del alcance del control político y, por lo tanto, más allá de toda capacidad de las partes afectadas para responder adecuadamente, y menos aun para resistirse a ellas de manera efectiva. Las pólizas de seguros respaldados por la comunidad frente a los infortunios indi-

viduales –cuyo conjunto vino a conformar, en el transcurso del pasado siglo, lo que se dio en llamar el Estado social o del bienestar– están siendo hoy retiradas totalmente o en parte y reducidas por debajo del nivel necesario para validar y sustentar la confianza en la seguridad. De las instituciones representativas de la promesa original y que aún se mantienen en pie ya no se espera y mucho menos se confía que sobrevivan a nuevas, e inminentes, series de reducciones. Ahora que las defensas que proporcionaba el Estado contra los estremecimientos existenciales están siendo progresivamente desmanteladas, y que las organizaciones de autodefensa comunitaria (como los sindicatos y otros instrumentos de negociación colectiva) están siguiendo el mismo camino, inhabilitadas cada vez más por las presiones de una competencia de mercado que erosiona la solidaridad de los más débiles, se ha dejado en manos de los individuos la búsqueda, la detección y la puesta en práctica de soluciones individuales a problemas socialmente producidos, tareas éstas que los individuos tienen que llevar a cabo a través de acciones individualizadas y en solitario, pese a estar equipados con herramientas y recursos a todas luces inadecuados para ello.

Los mensajes procedentes de las sedes del poder político exhortan a una mayor flexibilidad como única cura para una inseguridad que ya es insostenible, y, con ello, dibujan una perspectiva de una mayor incertidumbre (si cabe), de una mayor privatización de los problemas, de una mayor soledad e impotencia en los esfuerzos individuales por alcanzar la seguridad. Dan nulas esperanzas de establecer fundamentos colectivos para la seguridad existencial y, por ello, no ofrecen incentivo alguno para las acciones solidarias, pero sí animan a sus destinatarios a centrarse en su propia supervivencia personal en un mundo fragmentado y atomizado, y, por consiguiente, cada vez más incierto e impredecible.

La retirada que el Estado ha emprendido con respecto a la función en la que se fundamentaron sus más persuasivas pretensiones de legitimidad durante la mayor parte del siglo pasado ha vuelto a traer a primer plano la cuestión de su legitimación política. Actualmente, es imposible construir un nuevo consenso de ciudadanía (un “patriotismo constitucional”, por emplear el término de Jürgen Habermas), como el que se construía hace no tanto tiempo sobre un conjunto de garantías de protección constitucional frente a los caprichos del mercado, que convul-

sionan las posiciones sociales y amenazan los derechos de todo el mundo a la estima social y a la dignidad personal. A menos que se busque una legitimación alternativa, está en peligro la integridad de la comunidad política en su forma actual más común, la del Estado-nación.

A la luz de lo hasta aquí comentado, no resulta sorprendente que actualmente se busque una legitimación alternativa para la autoridad estatal y una fórmula distinta de ventajas y beneficios asociados a una ciudadanía obediente en un Estado que promete proteger a sus ciudadanos y ciudadanas frente a los peligros que amenazan la *seguridad personal*. El espectro de la degradación social contra el que el Estado social se comprometió a asegurar a sus ciudadanos es hoy reemplazado por amenazas como la del pedófilo que vive en nuestro vecindario, el asesino en serie, el mendigo molesto, el atracador, el merodeador, el envenenador, el terrorista... o, mejor aun, la conjunción de todas esas amenazas en la figura del inmigrante ilegal, contra la que el Estado de la seguridad promete defender a sus súbditos.

En octubre de 2004, la BBC2 emitió una serie de documentales titulada “The power of nightmares: The rise of the politics of fear” (El poder de las pesadillas: el auge de la política del miedo).⁴³ Adam Curtis, guionista y productor de la serie, y uno de los más aclamados creadores de programas serios de televisión en Gran Bretaña, señalaba allí que, aunque el terrorismo global es un peligro evidente reproducido continuamente dentro de la “tierra de nadie” de la jungla global, mucha (por no decir la mayor parte) de la estimación oficial de su nivel de amenaza

es una fantasía que ha sido exagerada y distorsionada por los políticos. Es un oscuro espejismo que se ha difundido entre los gobiernos de todo el mundo, los servicios de seguridad y los medios internacionales sin ser cuestionado en lo más mínimo.

Cuesta poco identificar los motivos de tan rápida y espectacular progresión: “En una era en la que las grandes ideas han perdido credibilidad, el miedo a un enemigo fantasma es

⁴³ Cf. Andy Beckett, “The making of the terror myth”, en *The Guardian*, 15 de octubre de 2004, G2, pp. 2-3.

lo único que les queda a los políticos para mantener su poder”.

Mucho antes incluso del 11 de septiembre de 2001 era ya posible detectar numerosas señales de la inminente transición de la legitimación del poder estatal hacia la esfera del “Estado de la seguridad” (o, para ser más exactos, del Estado de la “seguridad personal”). Pese a ello, y por lo que parece, la gente tuvo aún que ver reproducido en cámara lenta el impacto del derrumbamiento de las torres de Manhattan durante meses en millones de aparatos de televisión antes de reposar y absorber por completo la noticia, y antes de que los políticos retomaran las riendas de las ansiedades existenciales populares para reconducirlas hacia esa nueva fórmula política. La batalla presidencial entre Jacques Chirac y Lionel Jospin adoptó la forma de una subasta pública en la que dos líderes políticos competían por superar las sucesivas ofertas de mano dura en la guerra contra el crimen que efectuaba su adversario, propuestas que prefiguraban una legislación más severa y unos castigos más imaginativos para los delincuentes (adultos o menores) y para los “extraños que viven entre nosotros” (raros, ajenos y alienantes). Cuando George W. Bush recurrió a la dureza de la “guerra

contra el terror” en su empeño por repeler el asalto electoral de su contrincante, y cuando el líder de la oposición en Gran Bretaña trató de desestabilizar el gobierno del “Nuevo Laborismo” enfocando las difusas ansiedades existenciales emanadas de los mercados laborales desregulados sobre los grupos de gitanos itinerantes y sobre los inmigrantes sin techo, plantaron unas semillas del miedo que hallaron un terreno bien abonado en el que crecer.

No ha sido mera coincidencia que, según Hugues Lagrange, las “alertas de seguridad” más espectaculares y las alarmas más sonoras sobre el crecimiento de la criminalidad —unidas a unas respuestas gubernamentales ostentosa-mente duras, reflejadas, entre otras cosas, en un rápido aumento de la población reclusa (o, lo que es lo mismo, en una “sustitución del Estado social por un Estado-prisión”)— hayan ocurrido desde mediados de la década de 1960 en países que contaban con los servicios sociales menos desarrollados (como España, Portugal o Grecia) y en aquellos donde se estaban reduciendo drásticamente las prestaciones estatales (como los Estados Unidos y Gran Bretaña). Ninguna investigación realizada hasta el año 2000 mostraba una correlación significativa entre la

severidad de la política penal y el volumen de delitos, pero, sin embargo, la mayoría de estudios sí habían hallado una fuerte correlación negativa entre el “impulso encarcelador”, por un lado, y “la proporción de prestaciones sociales independientes del mercado” y “la proporción sobre el PIB del presupuesto dedicado a tales prestaciones”, por el otro. En definitiva, se ha demostrado más allá de toda duda razonable que la especial atención recientemente centrada en la delincuencia y en los peligros que amenazan la seguridad física de los individuos y de sus propiedades está estrechamente relacionada con la creciente “sensación de vulnerabilidad”, y que sigue muy de cerca el ritmo de la desregulación económica y de la sustitución (relacionada con dicha desregulación) de la solidaridad social por la individual.

La sociedad ya no está protegida por el Estado, o, cuando menos, es improbable que confíe en la protección que éste le ofrece; actualmente, se halla expuesta a la voracidad de unas fuerzas que el Estado ya no controla ni espera ni pretende recuperar y subyugar. Es principalmente

por ese motivo por el que los gobiernos estatales, en su esfuerzo diario por capear los temporales de nuestros tiempos, van dando tumbos de una campaña *ad hoc* de gestión de crisis a otra y de un conjunto de medidas de emergencia a otro, sin soñar con otra cosa que mantenerse en el poder tras las siguientes elecciones, pero carecen, por lo demás, de programas o ambiciones con visión de futuro (por no hablar de proyectos de resolución radical de los problemas recurrentes de la nación). “Abierto” y crecientemente indefenso por ambos flancos, el Estado-nación pierde su fuerza, que se evapora actualmente hacia el espacio global, así como su sagacidad y su destreza políticas, que hoy se ven cada vez más relegadas (¿o abandonadas?) a la esfera de la “política de la vida” individual, y se “subsidiariza” a los hombres y las mujeres individuales. Todo lo que de su poderío y su política pretéritas queda aún en manos del Estado y de sus órganos va mermando gradualmente hasta alcanzar un volumen que cabe perfectamente en el recinto de una comisaría de policía de gran tamaño. Este Estado reducido apenas puede llegar a ser otra cosa que un Estado de la seguridad.

Tras haberse filtrado y escapado por las grietas de una sociedad obligada a abrirse por la presión de la globalización negativa, el poder y la política se desvían cada vez más el uno de la otra siguiendo direcciones opuestas. El problema (y la imponente tarea) al que el presente siglo tendrá que hacer frente con toda seguridad como su reto principal es el de reunir de nuevo al poder y a la política. Pero reunir a esos dos compañeros hoy separados dentro del domicilio del Estado-nación es, tal vez, la menos prometedora de las posibles respuestas al mencionado desafío.

En un planeta negativamente globalizado, los problemas más fundamentales –los metaproblemas que condicionan el modo en que se afrontan todos los demás problemas– son *globales* y, como tales, no admiten soluciones *locales*. No existen (ni pueden existir) soluciones locales a problemas originados y reforzados desde el nivel global. De ser posible, el único modo de conseguir la re-unión del poder y la política será a nivel planetario. Por decirlo con las conmovedoras palabras empleadas por Benjamin R. Barber,

ningún niño estadounidense puede sentirse seguro en su cama si los niños de Karachi o

de Bagdad no se sienten seguros en las suyas. Los europeos no podrán presumir durante mucho tiempo de sus libertades si en otras partes del mundo las personas siguen padeciendo penurias y humillaciones.⁴⁴

Ya no es posible garantizar la democracia y la libertad en un solo país o, ni siquiera, en un grupo de ellos; la defensa de tales valores en un mundo saturado de injusticias y poblado por miles de millones de seres humanos a los que se niega dignidad como tales acabará inevitablemente corrompiendo los propios principios que se pretenden proteger. El futuro de la democracia y la libertad sólo puede ser asegurado a escala planetaria.

El miedo constituye, posiblemente, el más siniestro de los múltiples demonios que anidan en las sociedades abiertas de nuestra época. Pero son la inseguridad del presente y la incertidumbre sobre el futuro las que incuban y crían nuestros temores más imponentes e insoportables. La inseguridad y la incertidumbre nacen, a su vez, de la sensación de impotencia: parece

⁴⁴ Véase Benjamin R. Barber, en conversación con Artur Domoślawski, en *Gazeta Wyborcza*, 24-26 de diciembre de 2004, pp. 19-20.

que hemos perdido el control –como individuos, como grupos y como colectivo– y que, para empeorar aun más nuestra situación, carecemos de las herramientas capaces de elevar la política hasta el nivel en el que ya se encuentra instalado actualmente el poder: unas herramientas que nos permitirían reconquistar y volver a retomar el control (un control que, en el momento presente, se nos ha escapado –o nos ha sido arrebatado– de las manos) sobre las fuerzas que condicionan nuestra condición compartida, y, con ello, definir nuestro ámbito de opciones y trazar límites a nuestra libertad de elección.

El demonio del miedo no será exorcizado hasta que demos con (o, para ser más exactos, hasta que *construyamos*) las mencionadas herramientas.

Comentarios de Giorgio Agamben y debate final*

Giorgio Agamben: Creo que lo único que puedo hacer es apuntar algunas conclusiones de lo que Zygmunt Bauman ha dicho y, mejor aun, plantear algunas preguntas. Obviamente, me ha llamado mucho la atención lo que ha dicho acerca de los refugiados, que han sido una especie de figura central en su charla de hoy. No hace falta decir que estoy de acuerdo con muchas de las cosas que usted ha dicho, y una idea que me ha parecido especialmente interesante es la de que los refugiados y otros fenómenos similares constituyen hoy una especie de laboratorio... laboratorio del poder, para ver, entre

* Además de Giorgio Agamben, participaron del debate “Archipiélago de excepciones” Tariq Ali, Teddy Cruz, Keller Easterling, Anselm Franke, Stephen Graham, Thomas Keenan, Laura Kurgan, Shimon Naveh, José Luis Pardo, Eyal Sivan, Rafael Vila San Juan y Eyal Weizman.

otras cosas, hasta qué extremo puede llevarse una situación. Esto coincide con lo que usted ha dicho al hablar del paso del Estado social al Estado de la seguridad. Cuando la seguridad se convierte en la categoría política central y casi única, todo cambia, porque nunca debemos olvidar que “seguridad” no significa impedir el desorden. El paradigma de la seguridad se inventó precisamente para lo contrario: para gestionar el desorden. Esto ya lo mostró Michel Foucault al hablar de los fisiócratas que inventaron el concepto de seguridad. Recuerdo que una vez un funcionario de policía, en Génova, me dijo que el Estado, el gobierno, no quiere que los agentes del orden impidan el desorden, sino que quiere que lo gestionen. Así que todas estas situaciones, cuando la seguridad se convierte en el paradigma central, son, en cierto sentido, los laboratorios en los que se ve cuánto tiempo y hasta dónde puede forzarse una situación. Es algo así como seguir la idea de Goebbels de que la política es el arte de hacer posible lo imposible. Y así tratamos nosotros de analizar esos campamentos –campamentos que son laboratorios– para averiguar hasta dónde podemos forzar una situación extrema. Pero, entonces, es como si, en cierto sentido, el problema ya

no fuera el refugiado, por ejemplo, ni cómo podemos tratar de inscribir o integrar a una parte mayor o menor de ellos en la sociedad, porque la situación es tan extrema que eso otro deja de ser un problema interesante. Por eso, me parece que, en cierto modo, una forma interesante de contemplar este fenómeno sería que pudiéramos considerarlos también como “contralaboratorios”: los campos de refugiados como categoría son laboratorios del poder, pero ¿podemos entenderlos también como contralaboratorios? Ayer mismo, Eyal Sivan nos brindó un magnífico análisis de los campos de refugiados en Palestina que parecía ir un poco en esta misma dirección: la gente que vive allí y se obstina en seguir viviendo allí para mantener la ilusión de un posible retorno. Y una de las posibles consecuencias de eso es la noción del poder de destrucción implícito en todo ello. Así que podríamos ver... y es la pregunta que quería hacer: ¿podríamos ver esta situación extrema no sólo como laboratorios del poder, sino también como posibles contralaboratorios? Estuve en el Brasil hace muy poco y pude visitar las *favelas* de Río de Janeiro. Constituyen un fenómeno parecido. Evidentemente, no son campos de refugiados, pero tienen algo similar.

Las *favelas* están en la ciudad y no separadas de ella (de modo que en ese sentido son un fenómeno distinto), y recuerdo que suelen estar instaladas en los enclaves más hermosos de la ciudad, en las colinas. Yo estaba allí con una persona que me hacía de guía por la *favela* y, de pronto, tuve una impresión súbita e inmediata y le dije: “Mira, el problema”. Y vimos un edificio horroroso de tipo moderno. En Río de Janeiro, la arquitectura moderna es muy mala y está llena de rascacielos enormes y horribles. Los arquitectos ya son gente con cierta mala fama, pero éstos son aun peores, así que la ciudad, arquitectónicamente hablando, es horrorosa. Y le dije: “Oye, el problema no está aquí, sino allí”. Y es que, por ejemplo, la *favela* —ya me entienden, o espero que entiendan a qué nivel estoy hablando— la *favela* es un sitio interesante porque no hay propiedad. Allí no hay derechos de propiedad y, obviamente, no se pagan alquileres. Y no hay policía. Así que es como una ciudad, porque en alguna de las *favelas* de Río, como Rocinha, viven 400.000 personas. Es una ciudad sin derechos de propiedad, donde no se pagan alquileres y no hay policía. Y ése es un modelo muy interesante de ciudad para el futuro. Bueno, estoy bromeando.

Pero lo que quiero preguntarle es: ¿cree usted que podemos entender este fenómeno también como contralaboratorios? Y, luego, tengo una segunda pregunta. Usted ha centrado su análisis en las personas de desecho, en la infraclase de los rechazados, y luego ha mencionado también la élite global: una es el espejo de la otra. Totalmente correcto, pero en el medio está esa enorme masa en la que se sitúa el hombre corriente de hoy, que, en nuestra sociedad, por ejemplo, es el hombre de clase media, que cada vez se va haciendo de clase más baja. Creo que esto constituye, igualmente, un campo de análisis muy interesante y que, tal vez, podríamos centrar nuestra atención también en esta enorme masa anónima y casi sin voz. Creo que carecemos de categorías para encuadrar a sus miembros, que nos cuesta más pensar acerca de ellos que acerca de las personas que viven en el campamento, porque el de refugiado es un estatus muy interesante. Cuando usted habla de este hombre excedente, también hay que pensar en un nuevo fenómeno excedentario que se da en el plano del modo de vida de este estrato medio. Por ejemplo, ¿qué opina usted de los turistas? Se trata de un ingente fenómeno de masas de hoy, de unas masas que no son excedentarias desde

el punto de vista económico porque están adscritas a alguna industria económica, pero que, en lo que a su forma de vivir se refiere, su vida queda suspendida en una especie de vida excedentaria. ¿Cuál es la vida del turista? No es una vida política. Podemos incluso preguntarnos: ¿es una vida humana? Lo dudo. Así que ahí van esas dos preguntas, sólo para empezar.

Zygmunt Bauman: Muchas gracias, porque están de verdad muy estrechamente relacionadas con el aspecto central de mis propias inquietudes, y le estoy muy agradecido por plantear esos problemas en público. Empezaré por la segunda. Sí, por supuesto que estoy de acuerdo. He hablado de dos extremos, de dos polos de un continuo. La mayoría de nosotros, algo así como un 90% de la humanidad, probablemente, estamos distribuidos entre esos dos extremos del continuo. Por una parte, está la élite global, que es móvil por elección propia, y por la otra, tenemos los que son móviles a la fuerza y se ven obligados a ser los desechados o los marginados por la modernización. Todos nosotros estamos en el medio, probablemente empeñados durante la noche en alcanzar uno de esos extremos, el de la élite global que se mueve y fluye libremente.

Pero también por la noche (sobre todo, en las noches de insomnio), nos asaltan pesadillas en las que soñamos que caemos... en la infraclassa de los marginados. La tensión entre esos dos extremos es algo que se experimenta muy vivamente en la condición actual de ese grueso de la humanidad que se halla en el medio. Bueno, usted ha mencionado a los turistas. Una vez traté de desarrollar un poco ese tema. Acuñé metafóricamente dos tipos: el de los turistas y el de los vagabundos. El turista es vagabundo por elección propia; el vagabundo es turista por necesidad. Pero no era el turista a quien yo tenía en mente cuando hablé de la élite global. Lo de esta élite no es una cuestión de turismo. Pese a lo interesante que resulta el fenómeno del turismo, para nosotros es un pasatiempo carnavalesco, como diría el filósofo ruso Mijail Bajtin. Pagamos por hacer de turistas ¿dos semanas al año? ¿Tal vez tres? En Inglaterra, lo normal es que sean dos semanas al año. Quizás en otros países sea más tiempo. Pero es un pasatiempo carnavalesco y los carnavales sirven para hacer la vida diaria corriente (la no carnavalesca) un poco más agradable. En cierto sentido, lo que vamos acumulando durante ese período corriente podemos expulsarlo luego durante el período

carnavalesco. En la tradición del carnaval de antaño, los mendigos se transformaban en reyes electos, interpretaban el papel de la élite, hacían de cima de la sociedad. Y eso, de un modo u otro, los ayudaba, según Mijail Bajtin, a soportar luego su deprimente y espantosa vida cotidiana de mendigos, porque ya se iban preparando para el siguiente carnaval, en el que volverían a hacer de reyes y príncipes. La segunda pregunta es la de los laboratorios permanentes. Sí, es una idea muy interesante. Debo pensar sobre ella y yo soy un poco lento pensando. Los laboratorios negativos: eso es algo sobre lo que hay que pensar. Sólo querría aclarar lo que he querido decir con lo de que los campos de refugiados son también laboratorios. ¿Laboratorios de qué? No del Estado de la seguridad; eso no era lo que tenía en mente. Allí no se experimenta con medidas de seguridad. Es algo más bien relacionado con nosotros, la gente corriente a la que todavía no han recluso en los campamentos de refugiados. Luc Boltansky y Eve Chiapello, en el libro *Le nouvel esprit du capitalisme*,* lo describen con la expresión *cité par projet* (la “ciudad

* Trad. esp.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002. [N. del T.]

por proyectos”). Lo que nos integra ya no son las estructuras; ahora estamos integrados por el hecho de ir viviendo de un proyecto en otro. Vamos encontrándonos y apartándonos entre un proyecto y otro. Vivimos en una transitoriedad permanente. Nada es estable, nada es duradero, toda empresa se mantiene sólo “hasta nuevo aviso”, etc., etc. Ahora bien, en mi opinión, los campos de refugiados convierten esa transitoriedad en permanente. En los campos palestinos, como bien saben, las personas nacen y mueren en un estado de transitoriedad. Toda su vida es una larga serie de sucesos transitorios. Ahora, en los campamentos de refugiados de aquí, que no existen desde hace tanto tiempo (aunque algunos ya acumulan unos quince años de historia, como el del caso que he descrito), se está experimentando cómo pueden vivir las personas bajo esas condiciones. No estoy sugiriendo que sea probable que mañana vayamos a vivir todos en esas condiciones, pero sí que ésa es una tendencia de la sociedad a la que a mí me gusta describir con la denominación metafórica de modernidad líquida. La modernidad líquida es una clase de vida moderna que no puede mantener una forma definida durante mucho tiempo, que cambia constantemente de forma.

Anselm Franke: Muchísimas gracias por su conferencia, que ha repasado, casi a vista de pájaro, muchas de las cosas que hemos estado debatiendo desde una perspectiva más de primer plano, sobre todo en lo que al nivel espacial se refiere. Hay una cosa que me preocupa y es que las personas aparecen en su charla casi como si fueran un juego de teoría de conjuntos. Me pregunto, y permítame ser polémico (pues creo que esto es algo que ha despertado gran virulencia en estos dos últimos días de intenso debate), me pregunto, como digo, por qué quienes se muestran preocupados por la suerte de los privados de derechos y de recursos niegan a esas personas sus propias complejidades. Y es que es difícil criticar o describir esa condición reconociendo al mismo tiempo la complejidad de su propia acción. Y creo que es algo que puede encontrarse en una pregunta como, quizá, “¿quién es el sujeto?”. O “¿cuál es el sujeto de su historia?”. Supongo que la modernidad, sí, pero usted la presenta casi como si fuera una fuerza natural. Y me pregunto qué respondería usted, primero, y, luego, creo que nuestro modo de analizar aquí las configuraciones espaciales ha sido también un intento de desnaturalizar y de hallar los espacios donde la acción humana

se convierta en la sede real de lo político, donde son sin duda aplicables, sí, estos paradigmas de liquidez que usted describe (y donde lo único estable es la inestabilidad).

Zygmunt Bauman: Es una fuerza natural por su forma de actuar, pero lo que pretendo señalar una y otra vez es el producto de un determinado fenómeno sociológico y social. No es un producto de la naturaleza y sí es el resultado de fenómenos que se desarrollaron en la parte moderna del mundo y en las otras partes del mundo a la que esa primera parte se extendió. Desde hace poco, hemos intensificado enormemente la producción de lo que llamo vida desperdiciada, seres humanos desechados, personas superfluas, porque otros muchos países se han implicado también en el proceso de modernización. Y, por otra parte, como el planeta está lleno, una industria –una industria moderna y complementaria de otras dos industrias (la construcción de orden y el progreso económico) productoras de población humana residual–, pues, como digo, una tercera industria complementaria de las otras dos como es la industria de la eliminación de residuos experimenta una crisis muy profunda porque ya

no queda territorio vacío, ya no quedan terrenos de vertido. Ninguno de los medios tradicionales de tratamiento de la superfluidad están ya disponibles. Nos hallamos a las puertas de la necesidad de idear y diseñar instrumentos de acción completamente novedosos. No contamos con ningún instrumento de actuación colectiva a escala global. Creo que cuando hablamos de una comunidad global o de una sociedad global estamos abusando del lenguaje, porque no hay tal cosa. No existe. A veces, si se forma una alianza militar con una finalidad o una tarea concreta, podemos referirnos metafóricamente a una comunidad internacional, pero el concepto de comunidad global carece de fundamento empírico alguno. El comentario que quería hacer a propósito de lo que usted acaba de decir es que, de acuerdo, puede que suene desagradable, maleducado, políticamente incorrecto o como usted prefiera, que los teóricos describamos estos procesos como si fueran naturales, pero de lo que no hay duda es de que nos azotan con la fuerza de un desastre natural. En el fondo, lo que la distinción entre fenómenos naturales y culturales creada al inicio de los tiempos modernos venía a significar era que los fenómenos naturales son aquellos que

no podemos controlar y los fenómenos culturales son los que sí controlamos, los creados por los seres humanos. Pero hay productos de la acción humana que se comportan como si fueran fuerzas naturales. Y se comportan como fuerzas naturales, precisamente, porque no hemos desarrollado medios para abordarlos. No disponemos de una política global; no tenemos instituciones políticas globales, ni un poder judicial global, ni ningún equivalente global de los instrumentos de control colectivo sobre la unión humana como los que se desarrollaron durante la era de los estados-nación, en la era de la primera modernidad. Así que, si quiere, puede usted decir que es políticamente incorrecto pasar por encima o dejar a un lado la actividad, la iniciativa de las personas que han sido arrojadas a los campos de refugiados y recluidas en ellos porque también han intentado hacer algo con sus vidas y también han ideado formas de sobrevivir en esas circunstancias. Michel Agier, a quien he citado, también señala esto mismo y él descubrió, tras haber visitado bastantes campos de refugiados de esa clase, que esas personas se comportaban, o trataban de comportarse, como todos nosotros, que intentaban realmente construir a partir de los retazos, los fragmentos

y los pedazos que tenían a su alcance. Como el *bricoleur* de Lévi-Strauss, trataban de crear identidades sustitutivas en condiciones en las que se les niega de plano una identidad. Pero el comentario que yo quería hacer a propósito de eso es que me parece igualmente impropio tomar la posición contraria y decir “bien, mira, rebosan iniciativa, están muy bien, ¿sabe?, se están desarrollando. Mira cómo prospera allí la cultura, y a los niños se los ve muy bien”, etc., porque ésa también es una forma de calmar nuestra conciencia. Ya sabe: “Bueno, a fin de cuentas, quizá se cometiera una injusticia con ellos, pero son unos seres humanos dignos y, de un modo u otro, sabrán cuidar de sí mismos si no interferimos más”. Pero me temo que sin interferencia, no podrá suceder nada realmente positivo. Me gustaría citar solamente una frase de Benjamin Barber. Él ha dicho hace poco que ningún niño estadounidense puede sentirse seguro en su cama si en Karachi o en Bagdad los niños no se sienten seguros en las suyas. Los europeos no podrán presumir de libertad mucho tiempo si la gente de otras partes del mundo sigue pasando privaciones y sufriendo humillaciones. Y creo que ésas son palabras muy importantes que deberíamos repetirnos a la más

mínima ocasión. Y creo además que, para hacer caso de esa advertencia, necesitamos una base sobre la que empezar a desarrollar (y repito esto por cuarta vez, pero creo que vale la pena insistir), a desarrollar, digo, los medios precisos para actuar a nivel global. Y, de momento, sólo estamos en un estadio muy preliminar, si es que de verdad hemos empezado a hacerlo.

Tariq Ali: Como siempre, Zygmunt Bauman nos fascina y nos incita a reflexionar, y hay mucho con lo que estar de acuerdo en lo que dice. Aun así, bajo todo ello percibo una especie de hondo pesimismo en el modo en el que usted lo dice. Es casi como si... esto ya está sucediendo, está fuera de control, es lo que nos depara el futuro, éstos son los laboratorios con los que está experimentando el capitalismo global... Hay un elemento de verdad en todo esto, pero creo que, contemplando el mundo exclusivamente desde la óptica del campo de refugiados, obtenemos una imagen muy parcial de lo que está ocurriendo. Es uno de los aspectos de los procesos globales que están teniendo lugar. No creo que sean comparables el campo de refugiados palestinos y los campamentos para refugiados que usted ha descrito y que se han creado

en circunstancias diferentes, principalmente por el modo de funcionamiento actual de la economía global. Los campos palestinos, como hemos venido comentando, son más bien el producto de la política, de la expulsión, y los palestinos se consideran y se sienten refugiados porque quieren el derecho a regresar. Eso no es lo que sienten otros refugiados, que, en general, quieren el derecho a trabajar. Para muchos de ellos, al menos, se trata del derecho a trabajar. Y aquí vemos que usted tiene razón: falta una acción humana para proporcionar ese trabajo, cuando sabemos que hay tantos países subpoblados que podrían proporcionarlo. Australia, por ejemplo, es un continente gigantesco pero claramente subpoblado, y, sin embargo, cierra sus puertas y se está volviendo cada vez más despiadado. En segundo lugar, creo que Giorgio Agamben ha señalado algo muy interesante al hablar de las *favelas* y de los suburbios de viviendas irregulares, pero es un fenómeno muy distinto al de los campos de refugiados, porque en aquellas viven los estratos más desfavorecidos y marginados de la población del propio país. El nuevo libro de Mike Davis, *A planet of slums*, analiza precisamente esos asentamientos de los suburbios de un modo muy interesante y sostiene

ne que podrían convertirse en el vivero de una nueva ola de resistencia y radicalismo. Ya veremos. Sin duda, creo que la parte del mundo —ya que hablamos hoy de laboratorios— que fue utilizada como un laboratorio inicial de todos los planes globalizadores de la élite global internacional es también la parte del mundo donde la resistencia a esos planes es ciertamente considerable hoy en día, y esa parte es América Latina. Si nos fijamos en casi todos los países latinoamericanos, en mayor o menor medida, todos tienen movimientos sociales gigantescos, y no sólo unas cuantas ONG, sino movimientos sociales gigantescos que están oponiendo una resistencia confusa, que se esfuerzan por hallar alternativas y que han tenido alguno que otro éxito. En Bolivia, hubo una gran insurrección del *pueblo** contra la privatización del agua. En Perú, los sectores más desfavorecidos del campesinado en la región de Cuzco detuvieron la privatización de la electricidad y lucharon contra el ejército durante dos semanas enteras. Y luego está el fenómeno más espectacular en América Latina, que ha tenido como osados protagonistas a los habitantes de los suburbios

* En español en el original. [N. del T.]

marginales de Caracas, que han sido politizados y movilizados hasta el punto de derrotar tres intentos distintos de derrocar el régimen de Chávez. Allí los suburbios marginales se movilizaron totalmente y salieron en masa a la calle, un millón y medio de personas, como también se han movilizado los soldados pobres y la población indígena de la región porque sentían que allí había un proyecto político con el que podían identificarse. Por eso digo que, desde ese punto de vista, el mundo es, creo, un lugar muy diverso y hay en él muchos laboratorios diferentes, de los cuales algunos van a favor de aquéllos de nosotros que estamos intentando cambiar cosas. Y creo que vale la pena señalarlo y ése sería mi único comentario. Porque, si no, uno se sume en la depresión total y absoluta, y no parece que se pueda hacer nada. Pero sí que es posible hacer cosas.

Zygmunt Bauman: He tenido el privilegio de escuchar la conferencia de Stephen Graham esta mañana. Él citaba a un observador estadounidense, Thomas Barnett, quien dibujó un mapa del mundo. Todos los países que usted acaba de mencionar como faros o guías de la antiglobalización o de la globalización alternativa

fueron colocados en aquel mapa dentro del futuro eje del mal. Son blancos de una futura acción militar de los Estados Unidos. Y es que las fuerzas globales reales están actuando en esa dirección, no en la que usted ha mencionado hace un momento. Ése es el motivo de preocupación, y allí reside la cuestión de por qué la modernidad es actualmente un problema tan grande para el que no tenemos solución alguna. Porque está claro que los poderes y las potencias globales reales que funcionan hoy en día no tienen intención de resolver ese problema. Ahora bien, la pregunta entonces es ¿soy un pesimista? Siento muchísimo hablar de mí personalmente aquí, porque soy un tema de lo menos interesante, pero muy a menudo oigo la misma crítica: ¿por qué es usted tan pesimista? Sólo una vez oí una serie de preguntas en la que me preguntaron por qué era yo tan optimista y fue cuando publiqué un librito titulado *Europe: Unfinished adventure*.^{*} Allí todos me preguntaban: ¿por qué es usted tan optimista? Y, sin embargo, mi respuesta en ambos casos es la misma. Mi definición

^{*} Trad. esp.: *Europa: una aventura inacabada*, Madrid, Losada, 2006. [N. del T.]

de la diferencia entre optimismo y pesimismo es que un optimista es alguien que cree, como Pangloss o Leibniz, que éste es el mejor de los mundos posibles, mientras que el pesimista es alguien que sospecha que el optimista puede tener razón. Según ese criterio, no soy ni optimista ni pesimista, porque creo sinceramente que el mundo podría ser diferente. Pero para que sea diferente, tenemos que estar advertidos de ciertos problemas. Pienso, por ejemplo, en el problema del reciente punto crítico alcanzado por la nueva producción de seres humanos residuales, una producción que había estado atenuada y, en cierto modo, disipada durante doscientos o trescientos años por el imperialismo, por el colonialismo, por la situación privilegiada de una pequeña parte del mundo, por el gran diferencial de poder, etc. Ahora, alertar de eso es tremendamente importante, o al menos eso pienso. Jean-Pierre Dupuy publicó recientemente un pequeño libro que recomiendo de verdad a todo el mundo y que se titula *Pour un catastrophisme éclairé*, en el que dice que el mejor modo de hacer que la catástrofe sea inevitable es creer que lo es. Así que el problema radica en el intento de experimentar con los medios para evitarla. Pero si lo dejamos igual

sin prestarle atención, si la resistencia de siempre se limita simplemente a intentar sobrevivir en condiciones de acuciante incertidumbre, entonces corremos verdaderamente peligro. Ése es el único motivo por el que alerto: no para difundir opiniones derrotistas, sino para, tal vez, aunque sea a una escala muy reducida, contribuir a una movilización de fuerzas.

Eyal Sivan: Me gustaría preguntarle por lo que está sucediendo en Francia con los disturbios callejeros. Se trata de un verdadero acto de integración en la imagen de la “francesidad”. La “francesidad” consiste en tomar la calle como lugar de revuelta social. Sencillamente, en ese ámbito están presentes también tres representaciones del Estado: los bomberos, la policía y la escuela. Así que la revuelta contra el Estado es una imagen de esto. Y esto me traslada a otra pregunta. Usted hablaba del campamento, del campamento para refugiados. Me gustaría que reflexionara sobre la figura del refugiado y querría preguntarle también a Giorgio Agamben por el refugiado como aquella persona que tiene esperanza frente a una sociedad que ya no puede tenerla. Es decir, la figura de la persona que, tratando de mejorar su vida,

encarna esa especie de “espejo” con el que se ve confrontada una sociedad que ya no sabe si es una sociedad pesimista u optimista.

Zygmunt Bauman: Bueno, debo confesar que no estoy preparado para darles una explicación muy completa de lo que está ocurriendo en Francia, y lo que voy a ofrecerles es una hipótesis muy preliminar. Quizás en lo que usted acaba de decir hay otra explicación complementaria. Sigo insistiendo –y lo admito, debo reflexionar un poco más sobre ello–, pero sigo insistiendo en la formalización de la cuestión de la igualdad en Francia. Es un factor muy importante. Hace unos años, leí un libro de Marc Fumaroli, *L'état culturel*,* un estudio muy interesante sobre la política (o la ausencia de política) seguida por el Ministerio de Cultura francés. Según Fumaroli, el Ministerio de Cultura de Francia se caracteriza por no posicionarse con respecto a nada. Y se toma un especial cuidado en no ser acusado de favorecer un tipo o modelo determinado de cultura. Todas las culturas son iguales para él, quien

* Trad. esp.: *El Estado cultural*, Barcelona, El Acantilado, 2007.
[N. del T.]

solicite ayuda a Francia obtendrá su justa parte y ya está. Pensemos que el Ministerio de Cultura fue instaurado durante el primer gobierno del general De Gaulle, justo después de la guerra, con la idea de que había una cultura francesa que debía imponerse en el país. Pero actualmente, se basa en la idea de que el Estado no tiene que interferir prácticamente en los asuntos privados de las personas. Y, sin embargo, como ustedes bien saben, a las niñas se les ha prohibido ir a clase con pañuelo en la cabeza argumentando que las niñas francesas no llevan pañuelos en la cabeza y que las creencias religiosas son un asunto privado que no debería mostrarse o exhibirse en lugares públicos. Todo esto genera un complejo de contradicciones entre la idea insinuada, la imagen insinuada, y la realidad. Y muchos de los que asumen esa supuesta imagen de la realidad de la sociedad francesa se ven luego incapaces de afrontar la amarga experiencia de su vida, en la que tienen que enfrentarse a una discriminación real y al hecho de ser ciudadanos de segunda clase.

Giorgio Agamben: Sólo quería decir una palabra. Quería decir que si hoy existe una condición o categoría que a mí me parece ciertamente deses-

peranzada y desesperada, ésa es la ciudadanía en la llamada sociedad democrática. A partir de ahí, claro está, la del refugiado –y pensaba en la concepción original del término como alguien que busca y encuentra refugio– se me antoja una condición menos desesperada. Lo que quiero decir es que deberíamos contrastar la categoría del refugiado con la del ciudadano, porque, entonces, nos resultaría de utilidad.

Stephen Graham: Yo quería plantear la cuestión de otro ausente en este relato, y es el ausente de la diáspora trabajadora, la gente que, en número creciente, se desplaza de un lugar a otro del mundo para aceptar empleos de diversos tipos, y que van del Norte al Sur y del Sur al Norte, o de un país a otro dentro del propio Sur o dentro del propio Norte. Y quisiera plantearle, o, mejor dicho, preguntarle, dónde encaja este proceso en su análisis, pero también quisiera plantear la cuestión de la contracción además de la “plenitud”, porque hay partes del mundo que se están contrayendo, en especial ciertas partes de Europa y Japón, y en veinte o treinta años presenciaremos realmente un declive demográfico muy sustancial y un crecimiento inmenso de las necesidades

y los servicios. Así que ¿podría usted decir algo sobre cómo encajaría todo eso en su análisis?

Zygmunt Bauman: Usted describe procesos y yo me estaba centrando en problemas. Para convertirse en problema, un proceso debe ser definido como un problema, porque, si no, no lo es. La política de traer mano de obra de otros países es, como bien sabemos, muy distinta según el país. Viene dictada, en realidad, por el incómodo equilibrio entre las presiones de los empresarios, que precisan abastecerse de una fuerza laboral adecuada, y las presiones de los sentimientos populares, que ven en los refugiados (como ya he dicho anteriormente, parafraseando a Bertolt Brecht) un heraldo de malas noticias (porque ejemplifican toda una serie de temidas amenazas). Así que hay dos presiones contradictorias. Y si se fijan en los discursos oficiales de los dirigentes políticos británicos, las apreciarán con toda claridad. Lo dijo David Blunkett cuando era ministro y lo repitió el primer ministro, Tony Blair: “No se preocupen, sólo traeremos a este país a gente que sea económicamente útil”. Me entienden: medían la humanidad de esas personas por su utilidad económica. Eso significa que las personas

dotadas de las aptitudes y las habilidades que precisen las empresas serán admitidas, y las demás serán recluidas en los campamentos para refugiados. ¿Funcionará? Bueno, su funcionamiento no es tan sencillo como imaginárselo y ya está, o sea que aún está por verse. Pero estoy plenamente de acuerdo con usted: creo que la naturaleza diaspórica del planeta es el futuro de éste. Y es el futuro hagamos lo que hagamos y por mucho que tratemos de frenarlo, por mucho que los gobiernos –actuando localmente en sus propios dominios soberanos reducidos– traten de contrarrestar ese proceso. Toda clase de fuerzas apuntan en esa misma dirección. Entiendo que, como Clifford Geertz explicó recientemente, la era venidera será la era del navegar por las diferencias. Porque el problema de la diáspora es que sus miembros ya no viajan ni cambian de lugar, sino que están siendo asimilados, engullidos por el otro organismo, del que pasan a formar parte, pero también se quedan allí reteniendo su diferencia y su identidad. Ése es un fenómeno nuevo, porque, hasta hace poco, las dos únicas estrategias que se aplicaban a los extraños, a las personas diferentes, etc., eran la *antropofágica* y la *antropoémica*. *Antropofagia* significa ingerir la diferencia, la

diferenciación, lo distintivo, convertirlo en una parte más del organismo propio y en un mismo tejido que los demás tejidos del cuerpo; *antropoemia* significa justamente lo contrario: vomitarlo, es decir, destruirlo físicamente por completo o expulsarlo fuera de los límites del país. Sin embargo, el futuro diaspórico que nos aguarda significa que ninguna de esas dos estrategias será ya viable y que, muy probablemente, tendrán que ser sustituidas por otra cosa, lo que, repito, es una posibilidad que supone todo un reto, porque obligará a que aprendamos nuevas artes nunca antes practicadas: las artes de convivir permanentemente con la diferencia, de no tratar la diferencia como un elemento irritante temporal que desaparecerá tras años de formación y escolarización, por ejemplo, sino que estará aquí para siempre. Se trata de un arte nuevo que los europeos debemos aprender.

Eyal Weizman: Sólo quería hacer una pregunta muy breve. Me ha encantado la sugerencia o comentario de Giorgio Agamben sobre el contralaboratorio y le estoy muy agradecido por ello. He tenido la sensación de que estaba relacionada con la premisa inicial de la conferencia de tal modo que pudiéramos hallar acción

humana en estas categorías diferentes de la excepción. Sólo quería preguntar si no le importaría especular, aunque sea de manera muy breve, sobre cómo transferiría el conocimiento que se recoja en ese laboratorio a la acción.

Giorgio Agamben: Tengo alguna que otra objeción a la distinción entre conocimiento y acción durante la praxis, porque lo que obtenemos cuando estamos allí no es realmente una experiencia cognitiva, no es sólo praxis, porque nos movemos en una especie de indistinción... O sea que tiendo a creer que cuando el problema se plantea de ese modo, no obtenemos respuesta. Y quizá no sea tampoco la verdadera forma.